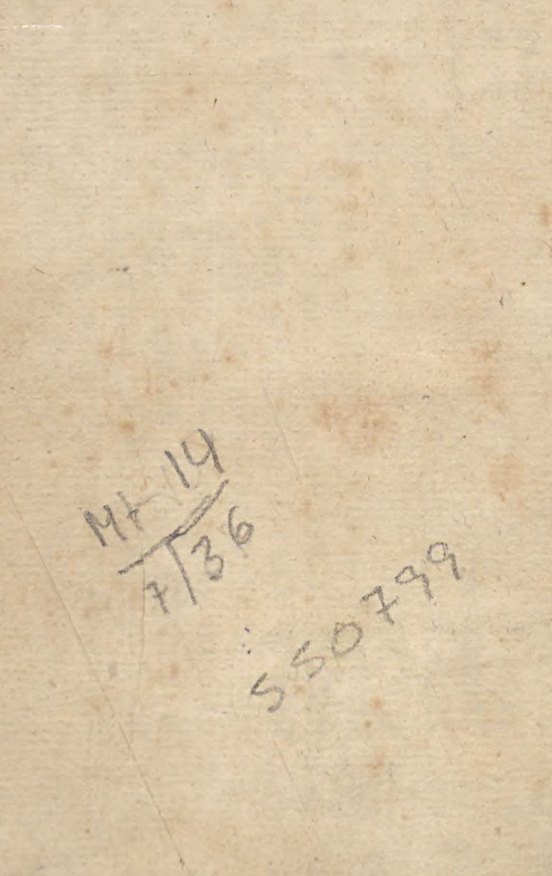







Mt 14
7/36
550799

LAS TARDES DE LA GRANJA, Ó LAS LECCIONES DEL PADRE.

TRADUCCION LIBRE DEL FRANCÉS

POR DON VICENTE RODRIGUEZ DE ARELLANO.

SEGUNDA EDICION, CORREGIDA.

TOMO SEXTO.

MADRID
POR GOMEZ FUENTENEBRO Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1811.



¡Rústicos techos, campos abundosos,
magnífico estrellado pavimento,
alma naturaleza! los mejores
libros de la enseñanza sois vosotros.

TARDES

CONTENIDAS EN ESTE SEXTO TOMO.

LAS TARDES

DE LA GRANJA.

TARDE XXXVIII.

LA COQUETERIA.

Historia de Mistris Belly Clarins.

Los admirables sucesos de la ermita de San Leonardo habian divertido infinitamente á nuestros muchachos porque éstos, generalmente gustan de lo maravilloso;

pero repito que para que el objeto moral se haga lugar en su juicio, es preciso que los sucesos maravillosos ó raros no pequen de inverosimiles. Las fábulas entretienen su ingenio, no convencen su corazon; pero la historia logra esta prerogativa porque razonan, discurren, comparan, se ponen en lugar de qualquiera personage verosimil, al paso que solo se detienen pasageramente en las cosas de un Mago ó una Encantadora, en quienes ven ciertas facultades sobrenaturales de que ellos carecen. Sobre este aspecto la relacion de Mr. Delacour debia ha-

berles hecho una grande impresion; pero su padre, porque la pintura de los excesos de un fanático no pudiese tal vez disminuir el profundo respeto con que deseaba que mirasen las cosas de la religion, se proponia confirmarlos en las ideas mas sanas y convenientes con exemplos proporcionados: porque los muchachos juzgan en todo con un exceso de exâltacion que es fuerza contener en lo posible, y es muy dificil conservar siempre en un justo medio su débil juicio.

En fin el deseado Mr. Delacour se presentó en el terrazo con

su manuscrito. Todos le rodeáron, calláron; y el anciano dió principio á su lectura en esta forma.

Habia en Londres un rico negociante, soltero, llamado Sir Clarins. Tenia ya treinta y seis años, y vivia con su hermana Madama Herbert, de edad de quarenta, que viuda desde muy jóven, habia asociado sus bienes al comercio de su hermano. Mucho la amaba; y aunque era tan altiva, caprichosa y mala, que no podia sufrirle, pasaba su vida con él, porque no se hallaba sin dominar y atormentar. Ambos se habian prometido permanecer solte-

ros, y solo baxo de esta condicion habian hecho una masa de sus respectivos bienes. Sin embargo Sir Clarins, cansado del comercio, y temiendo por algunas pérdidas que habia experimentado la total ruina de sus caudales, resolvió retirarse y vivir en el campo. Habló sobre esto á su hermana, la qual, por la vez primera, fué de su mismo parecer. Vendiéron pues la hermosa casa que tenian en Chering-Cross, y compráron una bellísima posesion en Surrey, pequeña aldea situada á poca distancia de Londres. Madama Herbert, que gustaba del fausto y

ostentacion, hermoseó su nueva habitacion con los muebles mas exquisitos; y los dos se estableciéron allí con una familia bastante numerosa. Hallóse muy bien Clarins en este retiro durante algun tiempo; pero habituado hasta entónces á una vida activa, al fin se fastidió, y procuró divertirse en los inocentes placeres de la caza. Tanto le dominó esta aficion, que muchas veces pasaba, entregado á ella, dias enteros sin volver á su casa hasta la noche. Quexóse amargamente su hermana del abandono en que la dexaba; Sir Clarins la respondió con aspereza;

su desunion se advirtió bien pronto; y Clarins, que entre los cuidados de su giro, habia tenido ménos lugar para resentirse del predominio de su hermana, conoció al cabo el peso del despotismo que que le agoviaba. Prorrumpió en quejas; hubo enojos y contradicciones; y desde este punto se eternizáron las disensiones en la casa. Sir Clarins no hizo sino prolongar lo posible sus freqüentes ausencias; y Madama Herbert, por su parte, procuró distraerse en las cercanías.

A muy poca distancia de su casa habia un soberbio castillo, per-

teneciente á una riquísima señora que todos los años solia pasar allí la primavera. Madama Herbert habia hecho amistad con esta muger, llamada Myladi Bronton, porque sobre poco mas ó ménos eran ambas de un mismo carácter. Una tarde que Madama Herbert se hallaba en casa de esta Myladi, entráron á visitarla Miss Belly y Sir Enrique Ofman. Todos los concurrentes fixáron la vista en estas dos personas; y si los hombres admiráron sobremanera la hermosura de la jóven Belly, las mugeres quedáron encantadas de la gallardía del jóven Enrique. Myladi Bronton que

los conocia, les hizo sentar; y tratando de retratos, habló de lo bien hecho del suyo, que era efecto de la destreza de Belly, prometiéndola que la proporcionaria ocupacion entre las gentes que ella conocía. Fué corta la visita de estos jóvenes, de quienes los concurrentes pidiéron noticias á Myladi, la qual, afectando frialdad, dixo: estos son unos jóvenes honrados, pero de muy pocas conveniencias; y por tanto se ven precisados á valerse de las habilidades que les proporcionó la fina educacion que tuviéron, pues de otro modo perecerian de necesidad. Re-

gularmente viven en la capital; pero á una milla de esta aldea han alquilado una habitacion, adonde viven de quando en quando para descansar de su continuo trabajo, y disfrutar las delicias del campo.

Madama Herbert, á quien el jóven habia interesado mucho, continuó sus preguntas á Myladi, diciéndola: ¡los dos son bellísimas criaturas!.. ¿son hermanos? — No; son primos. — ¡Primos! ¿de veras? — No hay duda: he conocido á sus padres. — ¿Su edad? — Belly tiene veinte años, y su primo dos mas, segun creo. — ¿Los

dos saben pintar? —— Belly pinta; su primo es poeta dramático; y ahora poco ha dado al teatro la comedia titulada: *el Camino de la ruina*, que ha sido tan aplaudida. —— Sí, yo la he visto, y en efecto es muy graciosa: ¿y viven solos sin padre, madre ó parientes? —— Son huérfanos; y sus costumbres son tan puras que logran la comun estimacion, y yo les profeso el mas cordial afecto. —— Pues bien, introducidme con ellos, porque yo quisiera tener mi retrato y el de mi hermano; y les proporcionaré hacer otros muchos, porque tengo infinitos conocidos.— Lo haré

con mucho gusto ; pero no me lisonjeo de que vayan á vuestra casa, porque en medio de su infeliz situacion, tienen cierta elevacion de espíritu... mejor es que vos los visiteis, que no viven muy léjos, y yo os daré las señas.

Aunque distase su casa cien leguas, Madama Herbert no habria dexado de presentarse en ella, porque Enrique habia hecho en su pecho una impresion demasiado profunda... ¡funesta impresion que ha originado la desgracia de tantos inocentes!

Dexó pues al instante la Herbert su visita, volvió á su casa,

se sentó en un camapé, y se puso á reflexîonar... ¡reflexîonar! para ella es una maravilla; pero ya se sabe que las reflexîones del amor son tan tumultuosas y obscuras, que pueden llamarse delirios del corazon mas que efectos del discernimiento. Por la noche riñó mucho mas de lo que acostumbraba con su hermano; y notando sus facciones fuertes y denegridas con el sol, comparó con él á Enrique. Fácil es de conocer que la balanza se inclinaria á favor de éste, cuya imágen estaba grabada en su corazon con rasgos de fuego. Pasó la noche muy agitada; y por la

mañana mandó poner su coche y marchó á Briste, pequeño cortijo situado á una orilla de la casa que habitaban los jóvenes, que iban á perder su felicidad con tan fatal visita. Trasladóse pues á su habitacion, entró, y solo halló á Belly, á quien dixo: ayer os ví en casa de mi amiga Myladi Bronton, y segun lo que ésta me ha dicho, sabeis hacer retratos. — Sí señora.. — Pues bien; yo os suplico que hagais el mio para regalársele á mi hermano: se conoce que Myladi os quiere mucho. — Efecto de su bondad. — Ha hecho mil elogios de vos y de vuestro primo; ¿no es-

tá en casa? —— Sí señora, pero está trabajando en su gabinete. —— Servios de decirle que estoy aquí.

Pronunció la Herbert estas palabras sin reflexîon, y como si estuviese persuadida á que habiendo ella hecho una grande impresion en el jóven, debia éste quedar enagenado, sabiendo que habia venido á verle el objeto de sus ansias, pero Belly se atrevió á decirla: ¿tiene mi primo el honor de conoceros?

Quedó la Herbert confusa un breve rato con esta pregunta; pero al fin respondió: no por cierto; pero ví su comedia en Convent-

Garden, y me causó infinito placer; ¡teneis seguramente ambos extraordinario talento!

Belly, sin contestarla, la hizo una profunda cortesia; y la Herbert deseosa de prolongar la visita esperando á ver lo que solicitaba, suplicó á su amable huéspeda que al instante diese principio á su retrato, añadiendo: no urge el concluirle, y vendré quantas veces sea necesario para el efecto, pues quiero sorprehender á mi hermano, y es forzoso que no os vea en mi casa ántes de dar fin á la obra.

Belly dispuso su caballete, em-

pezó á trabajar; pero el modelo se ocupaba mas en volver la cabeza hácia las puertas, que en conservar la actitud conveniente. En fin la jóven artista la dixo que por aquella vez se habia hecho lo bastante; y la Herbert se vió precisada á retirarse sin haber visto al objeto de su corazon. Volvió al dia siguiente, y sucedió lo mismo, porque Enrique estaba siempre ocupado en su gabinete. Desesperada con tanto contratiempo suplicó á Belly que á la mañana siguiente tuviese la condescendencia de darla de desayunar, pues así, dixo, vendré mas temprano. No era este el motivo que la conducia,

sino la esperanza de ver reunidos á los primos. En fin se cumplió su deseo, pues al plazo convenido halló á Belly y Enrique sentados á una mesa cubierta de té, manteca, tostadas y frutas. Tuvo entónces el tiempo suficiente para exâminar á Enrique, quien le pareció tan amable y entendido como bien formado. Perdió casi enteramente el juicio, y no trataba ya de la continuacion del retrato. No sabia Belly á qué atribuir su distraccion. En fin Enrique volvió á su gabinete; y el modelo se hizo mas dócil.

Diez visitas proporcionó la Herbert con el insinuado motivo,

durante las quales tuvo el placer de ver repetidas veces al amable poeta, causa de su delirio. Así que estuvo concluido el retrato rogó á los dos jóvenes que fuesen á cenar á su casa, tanto para pagar el importe de la obra quanto para disfrutar la agradable sorpresa que causaria á su hermano el primor de la pintura. Escusáronse ellos con la distancia de la casa de Sir Clarins; pero la Herbert les dixo que pasarian allí la noche y al otro dia los volveria en su coche, con lo qual los dos primos accediéron á su deseo.

Determinado el dia, la Her-

bert procuró acariciar á su hermano, para que no advirtiese Enrique la desavenencia que reynaba entre ellos. Clarins extrañó mucho los agasajos de su hermana, no podia penetrar su orígen, pero no pudo ménos de corresponder á sus afectuosas expresiones. Al fin un dia le dixo, que viniese temprano á cenar, pues le aseguraba que no le pesaria de complacerla. Convino, y en efecto volvió de su cacería ántes de anochecer. ¡Quál fué su sorpresa al ver junto á su hermana un gallardo mancebo y, sobre todo, una jóven tan hermosa que le dexó atónito

y embelesado! Exâminaba Clarins este prodigio de la naturaleza, analizaba sus facciones y sus gracias , y creia ver el modelo de las deidades que los mas célebres pintores han presentado á nuestros ójos. Sintió respecto de Belly los mismos afectos que su hermana respecto de Enrique ; y por un efecto de extraordinaria simpatía atendida la diferencia de edad , la hermosa Belly se encontraba en disposicion de corresponder tiernamente á los sentimientos de Clarins. No sucedia lo mismo con Enrique, á quien la Herbert le parecia tan fea , tan horrorosa y de tan mal

carácter, que la detestaba con toda su alma. ¡Infeliz! Hubiera huido de ella como de un monstruo si hubiese sabido las pretensiones de esta loca.

La cena fué muy agradable hasta el postre; y entónces se le presentó á Clarins el retrato de su hermana hecho por la Belly, con lo qual quedó totalmente enamorado. Era la obra tan perfecta, que Clarins no se cansaba de mirarla. Agradeció friamente á su hermana tan inesperada sorpresa; pero luego se estendió enérgicamente en elogios de Belly, que los recibió con aquella modestia que es inseparable com-

pañera del virginal pudor y del verdadero talento.

Tratóse despues de acompañar á los jóvenes á los quartos que se habian preparado. Clarins dió la mano á Belly; y Enrique, por pura política, dió la suya á la Herbert. Miéntras que nuestros jóvenes disfrutaban el sueño dulcísimo de la inocencia, los dos hermanos velaban agitados por una misma causa. Clarins renovaba en su idea las gracias y atractivos de la amable Belly; y su hermana se resolvia á declarar al otro dia su amor al jóven poeta, lisonjeándose esta necia de que todavia podia ins-

pirar deseos capaces de fomentar una intriga amorosa y un comercio escandaloso.

En conseqüencia de esta resolucion, á la mañana siguiente hizo llamar al jóven. Ya se habia ella vestido del modo mas seductor en su concepto, y declaró á Enrique su pasion; pero á pesar de sus artificiosas lágrimas, abrasados suspiros, y en fin á pesar de todos los resortes de la mas refinada coqueteria, con gran sorpresa suya se halló desayrada. Enrique se horrorizó de oirla, la habló con altivez y aun con desprecio; pero ella no cedió, y descendió hasta

ofrecerle su mano, la desechó, diciéndola que la soledad y las musas son sus únicos amores. Lloraba ella, rogaba, suplicaba; y Enrique avergonzado de ver la ignominiosa degradacion de esta muger, juró que nunca volvería á verla. Enfuréciose la Herbert, y le previno que si se trasluciese algo de aquella escena, sabria vengarse de un hombre tan grosero. Enrique se retiró turbado, y fué en busca de su prima, á la qual halló en compañía de Clarins, y la volvió á su habitacion de Briste, sin participarla nada de quanto le habia acaecido, por no disgustarla haciéndola ver el horri-

ble quadro del vicio; y los dos se entregáron de nuevo á sus solitarias y apacibles ocupaciones.

Entretanto la desesperacion y el deseo de venganza se apoderáron del corazon de la Herbert. Ya Enrique no era á sus ojos un jóven virtuoso y encantador, sino un monstruo. Resolvió perderle, y no pensaba sino en disponer los medios. En tanto que su cabeza trabajaba para la destruccion de una familia que para ella era ya detestable, su hermano solo pensaba en hacer feliz á la que adoraba. Clarins, tan apasionado como su hermana pero mas virtuoso y delicado, tenia en sus

amores un objeto decente, pues pensaba seriamente en casarse, y no en ser un seductor. Estaba cansado de la desagradable compañía de su hermana, y queria romperla. Era rico, podia hacer venturosa á la que amaba, formó esta resolucion, y al punto queria verificarla. En conseqüencia de ello, sin saberlo su hermana, fué á casa de la hermosa Belly, á la qual encontró en compañía de su primo componiendo música. Su presencia alteró un poco á Enrique, y extraordinariamente á Belly. Clarins fundó el motivo de su visita en las leyes de urbanidad; y luego procuró ganar la

confianza de los dos primos, los quales, entregándose desde luego á la estimacion que les inspiraba, sin preveer las conseqüencias, le hiciéron una sencilla confesion de su estado, de su fortuna, y de su ninguna ambicion. Quedó Clarins encantado de su franqueza é ingenuidad; y despues de haber hecho una relacion individual de sus haberes, de sus inclinaciones y costumbres, se declaró pidiendo la mano de Belly. Avergonzóse ésta; y su primo, atónito, no sabia que responder. Queria Enrique á su prima mas que á sí mismo, y no hubiera dudado en admitir partido

tan ventajoso, á no temer las persecuciones y carácter violento de Madama Herbert. Al fin se atrevió á decir á Clarins: Despues de agradecer en nombre de mi prima la preferencia con que os dignais honrarla, debo exponeros mis recelos de que vuestra hermana no se acomode á vivir con una niña como es mi prima; y esto solo.... Esto solo, respondió vivamente Clarins queda destruido en dos palabras, reducidas á que casándome con Belly me separo absolutamente de mi hermana, cuyo carácter altivo se me ha hecho insufrible desde que dexé el comercio. Confiad, En-

rique, en mi experiencia : muy bien sé que una jóven y una Megéra de quarenta años no pueden vivir juntas : ¿teneis alguna otra cosa que objetarme ?

Pidióle Enrique ocho dias de término para sondear las disposiciones de su prima, y responder á tan lisongera propuesta ; y aunque ocho dias eran ocho siglos para un hombre perdido de enamorado, los concedió sin embargo Clarins, prometiendo volver al cabo de tan larga dilacion á saber su felicidad, ó la sentencia de su muerte. Retiróse ; y Enrique no necesitó los ocho dias para conocer las

disposiciones de su prima, pues solo un momento fué suficiente para penetrar su corazon, resuelto á consentir en todo. Apreciaba mucho Enrique á Clarins, veia en este enlace una felicidad inesperada para su prima; y sin embargó se estremecia sin saber por qué. Latía violentamente su corazon, y parecia que un triste presentimiento le aconsejaba que no consintiese en unos vínculos contraidos baxo el auspicio de las furias. Sabia que Belly amaba; y queria reprimir este amor, aunque no podia desaprobar esta pasion respecto del único hombre que podia convenir

á su prima. No le sosegaba la promesa de que ésta viviria separada de Madama Herbert, porque conocia que no querria ésta vivir léjos de su hermano, y mucho ménos de Enrique quando éste la habia inspirado tan ridícula pasion. Esta muger seguiria todos sus pasos; ¿y quién sabia si el desayre de su amor la inclinaría á la venganza, y procuraría sembrar la discordia en casa de su hermano? ¡Pobre Enrique! tú conocias lo que habia de suceder, y no tenias resolucion para disipar esta tempestad oponiéndote á los sentimientos de tu querida prima.

Espiráron los ocho dias prometidos: Clarins se presentó, y al instante leyó su felicidad en los ojos de Belly y en el silencio de su primo. Iba en fin á ser feliz, le aseguraban esta esperanza; y ya no se trataba si no de arreglar los puntos de interes, y determinar el dia para el casamiento. Yo quisiera, dixo Clarins, que esta union dichosa se hiciese desde luego con todo sigilo. Mi hermana permanece todavia en mi casa, y no tiene preparada otra para mudarse.. Tiene sobre mí una especie de dominio... ¿Si la digo que tengo intencion de casarme, se enfurecerá, llorará y.....

¿qué sé yo? Será mejor que lo sepa quando ya todo esté concluido; y entónces, como no habrá remedio, será forzoso que tome su partido. Milady Bronton es amiga mia, y la he venido á preguntar acerca de esto, y me ha ofrecido su castillo y su oratorio para este efecto. Su Capellan, si os parece, nos casará despues de mañana en presencia de tres ó quatro amigos, sin que mi hermana sepa nada de esto.

Esta disposicion, que á Belly parecia sencillísima, no fué de la aprobacion de Enrique, el qual propuso varias dificultades, que su mis-

ma prima desvaneció, diciéndole por fin, que aquella no era mas que una precaucion momentánea, y añadiendo: Madama Herbert me ama y me ha dado mil testimonios de su afecto; el disgusto que puede concebir, y que mirado á fondo solo es efecto de lo mucho que ama á su hermano, será mucho ménor quando sepa que yo soy su cuñada; estoy segura de que me estrechará en sus brazos y de que léjos de dexarnos, tendrá mucha complacencia en vivir tranquilamente con nosotros.

Enrique miró enternecido á su prima, y aun se le asomáron las

lágrimas á los ojos ; pero como era bueno, sensible y confiado, no quiso afligirla, y convino en todo. Clarins, lleno de satisfaccion, hizo en secreto todos los preparativos ; y el dia señalado para su enlace conduxo Enrique á su prima al castillo de Milady Bronton, que se mostró contentísima de la fortuna de su protegida.

Verificóse la union ; y no pensáron luego sino en comer juntos con aquella alegría y amistosa franqueza que siempre excita un matrimonio bien dispuesto ; pero se sorprehendió hasta lo sumo Clarins quando al fin de la comida vió

entrar á su hermana. Conoció que Milady Bronton le habia vendido, y la dirigió una terrible mirada; pero ella, sin hacer caso, se levantó y corrió á abrazar á la Herbert, diciéndola: venid, querida amiga, venid á manifestar á mis huéspedes que les he proporcionado una agradable sorpresa. Clarins, vos os recelabais de una hermana ternísima, y sin motivo alguno, pues ha sabido vuestros proyectos, y solo viene aquí para aprobarlos con la mayor cordialidad.

Sí, hermano mio, exclamó la Herbert abrazando á Clarins: yo

estoy contentísima de tu felicidad, y sobre todo de que hayas tenido tan acertada eleccion. Ven, graciosa Belly, ven á mis brazos hermana mia; y sabed todos que si he tenido algun resentimiento de vuestra reserva, á fuerza de finezas os manifestaré el agravio que me habeis hecho.

Belly abrazó á la Herbert, Clarins estaba atónito de oir á su hermana. Enrique, fixos los ojos en el suelo parecia que se recelaba de la sinceridad de esta muger; y todos formaban un quadro verdaderamente extraño, que se prolongó silenciosamente un breve rato.

Al fin Clarins dixo á su hermana: hoy mismo hubieras sabido mi nuevo estado, aunque temia que te autorizases con la promesa que te habia hecho de pasar mis dias sin separarme de tí ; pero una vez que el amor me ha hecho quebrantar una obligacion imprudentemente contraida , está en tu arbitrio tomar el partido que te parezca mejor. Mis papeles estan arreglados , y tu fortuna es absolutamente independiente de la mia. Yo he hecho la division de bienes en la qual reconocerás muchas ventajas , y así espero que te retirarás adonde quisieres. —— ¿Adónde me he de reti-

rar, cruel? ¿no sabes que me es imposible separarme de tí? ¿que amo hace mucho tiempo á tu esposa, y que toda mi dicha será vivir en su compañía? — Nada de eso, hermana, nada de eso. Conozco demasiado tu humor, tus arrebatos y tus extravagancias para cometer la necedad de exponer á ellas á mi esposa. La diferencia de edad entre vosotras es un obstáculo invencible. En fin, quiero ser libre, y que tambien lo sea mi esposa. En este supuesto toma tu partido, ó tomaré yo el mio.

Estaba Clarins muy satisfecho de sí mismo; este acto de firmeza

le era hasta entónces descono cido; esperaba la respuesta de su hermana lleno de satisfaccion. Esta, picada hasta lo sumo, pero queriendo llevar adelante su papel, despues de haberse mordido un poco los labios, continuó así: es cosa indigna y terrible, Clarins, injuriar de tal manera y en presencia de gentes desconocidas á una hermana que nunca te ha dado sino continuos testimonios de su afecto, y que por tí se ha sugetado con voto al celibato. Quando tú eres quien me engaña, y el primero que quebranta nuestro recíproco empeño, ¿ tiene valor para decirme cosas

tan duras, y pretendes desterrarme de una casa tuya y mia á un mismo tiempo? ¡Ah! ¡quánto necesito recordar nuestro antiguo afecto para olvidar semejante proceder! Podré hacerlo; pero sea esta la última ocasion en que me obligues á tan grande esfuerzo: no vuelva yo á oir hablar de separacion. Bien concibo que puedes tener corazon para resolverte á vivir léjos de una hermana que ha sido tu íntima y única compañía; conozco que puedes aborrecerla, detestarla, suponerla impertinencias, y aun agravios: pero yo, que no soy injusta ni de alma tan fria, no ten-

go resolucion para separarme de un hermano á quien amo, y de su esposa, á quien si no es por mí no hubiera él conocido, cuya felicidad actual es obra mia, y á la qual quiero tratar siempre como á mi mas tierna amiga.

Madama Clarins, víctima de este artificioso discurso, abrazó á la Herbert diciendo: sí, querida hermana, yo soy vuestra amiga, y nos amarémos eternamente. — ¿ No la oyes, hermano? pregúntala si quiere separarse de mí: desde luego me sujeto á su dictámen. —— Nunca, nunca: querido esposo, concédeme la gracia de

vivir con tan digna hermana que será mi mas dulce compañera.

Calló Clarins; y Enrique, pesaroso de ver la facilidad de su prima, queria hablar; pero conociéndolo la Herbert, se anticipó, diciéndole: yo creo que no sereis de distinto parecer que vuestra prima: bien conoceis lo mucho que aprecio su familia, y estoy segura de que me hareis la justicia de creer que no puedo ménos de interesarme en la felicidad de mi hermano y de su esposa. Sonrióse, dichas estas palabras; y Enrique no tuvo valor para oponerse á sus ideas. Clarins quedó estatico al ver

los repetidos abrazos de las dos cuñadas, y quedó decidido que viviesen todos juntos, con gran sentimiento de Enrique, que nunca hubiera consentido en semejante enlace, á preveer este arreglo. Sin embargo tomó su partido, porque temia á la Herbert; y como gustaba de la soledad y sus gloriosas ocupaciones, volvió solo á Briste, donde se encerró en su gabinete, firmemente resuelto á no ir á Surrey sino muy raras veces. En vano su prima, que echaba de ménos su compañía, le instaba para que viniese á establecerse mas cerca, pues no pudo alterar la resolu-

cion de Enrique, que todos graduáron de misantropía; ménos la Herbert, que demasiado fina para no conocer el odio de aquel jóven, estaba muy satisfecha con su ausencia.

No se crea que esta perversa mantenia esperanzas de seducirle ó casarse con él, no por cierto; solo pensaba en arruinarle juntamente con su prima, y aun con su mismo hermano á quien no podia perdonar el matrimonio que habia contraido. Con la idea de dirigir desde léjos sus baterías habia fingido mucha satisfaccion; y si deseaba permanecer en la casa era solo para

executar con mas facilidad sus bárbaros designios. Milady Bronton, que sin causa para querer mal á Belly envidiaba su elevacion, habia participado á la Herbert el desposorio dispuesto en su casa, y ambas habian arreglado la escena de la falsa ternura que hemos referido. Por algun tiempo trató la Herbert á su hermano y cuñada con la mayor dulzura; y por este medio se insinuó tanto en la confianza de Clarins que en breve se hizo soberana de su corazon. Quando se vió en este caso dió principio á las primeras escenas del drama que habia forjado. ¡Con-

dueña atroz!!! ¡horrible venganza, executada en una inocente; y que por desgracia, se hallaba próxîma al parto!

En el espacio de ocho meses solo tres veces habia ido Enrique á Surrey. Su prima, que le amaba, determinó ir un dia á sorprenderle en Briste; y comunicó esta idea á su cuñada, que la aprobó y se ofreció á acompañarla. En conseqüencia saliéron una mañana para Briste, previniendo á Clarins que volverian al dia siguiente. Durante su ausencia, se presentó á Clarins un aldeano, diciéndole que tenia que hablarle en secreto; le

introduxo en su gabinete, donde le preguntó qué era lo que tenia que comunicarle; y el aldeano le dixo: — Perdonadme si procuro hablaros á solas, porque sentiria poneros en la precision de avergonzaros delante de gentes. — ¿Yo avergonzarme? el hombre honrado está libre de ese peligro. — Ya; pero... perdonadme; porque... la miseria en que me veo.... la ingratitud de una hija que me causa grandes pesares... — Proseguid sin turbaros, enjugad vuestras lágrimas, pues me disgusta que un hombre tenga la desgracia de llorar delante de otro. — ¿Y có-

mo es posible no llorar? ¡ah, buen señor!.... vos mismo bien pronto... — Yo creo, amigo, que el pesar ha alterado vuestro juicio. — No será extraño, ¡por qué soy tan desdichado!... — Pues contadme vuestros males, que si puedo aliviarlos... — ¡O! nadie en el mundo, si no vos, puede consolarme. — Pues hablad. — Es que tal vez.... os enojareis... me echareis... ¿qué sé yo?... — Pero bien: acabad, y explicaos. — Yo, señor, aunque pobre labrador tengo honradez; y en quanto á esto, no cedo á nadie. — Yo lo creo, adelante. — No tenia sino una hija,

la qual era muy hermosa; pero esta me dexó siendo tan jóven que tendria mucho trabajo en reconocerla; bien que no me atrevería á ponerme en su presencia. — ¿Y por qué? — ¡Ha llegado á ser tan gran señora!... — Por la misma razon debeis presentaros á ella, para que dulcifique vuestra suerte; ¿pero quién es? ¿la conozco yo? — ¿Si la conoceis?... es vuestra esposa... — ¡Cielos! ¿qué decis? ¿Belly?... — Sí, ese es su nombre. — ¿Mi esposa, es hija tuya? — Conozco que si en decirlo os ofendo... — No, no, explícate: tú dices... — Digo que



soy padre de vuestra esposa; que en edad muy tierna dexó mi pobre casa; y solo hace quince dias que he sabido la gran fortuna que ha hecho. — ¡Infeliz!.... mira no te engañes. — No me engaño: ella ha sido educada en la ciudad en casa de una señora que la ha enseñado la música, la pintura, y otras mil cosas; pero no la ha enseñado á respetar á su padre, socorrerle en su miseria, y consolarle en sus cansados dias. —— Buen hombre, yo creo que deliras: mi muger era huérfana; y ella y su primo no tenian padres quando... — ¿Qué primo? yo he sido

hijo solo, y por consiguiente Belly no puede tener primo. — ¡Cielos!... ¿Cómo?... Enrique, que vivia con ella... — Yo no tengo noticia de tal Enrique. — ¡Gran Dios! Quedó Clarins suspenso un gran rato; no se atrevia á entregarse al tropel de reflexîones que rodeaban su espíritu; pero al fin, persuadido á que el labrador confundia las especies, ó no estaba en su juicio, continuó diciéndole. — ¡Hombre, qualquiera que seas, tiembla de engañarme; y sobre todo dame pruebas de lo que afirmas: ¿quién eres? ¿cómo te llamas? — Yo me llamo Tomás Benk he nacido y vi-

vido siempre en Forshire, que dista de aquí veinte millas; y en donde, habiendo quedado viudo, criaba tranquilamente á mi hija Belly, dedicándola á las labores del campo. Pasando por allí un dia una señora me pidió á mi hija, y se la llevó á Lóndres para educarla. — ¿Cómo se llamaba esa señora? — Lady Varing; pero murió hace mucho tiempo; y desde entónces no he sabido adonde se habia retirado mi hija. Solamente pude averiguar que hacia retratos. La escribí muchas cartas, ó, por mejor decir, hice que la escribiera nuestro Rector, y... — ¿No te respondió? —

Algunas veces. — ¿Tienes algunas cartas suyas? — Sí señor: ved aquí un paquete: bien conocereis su letra.

Temblando tomó Clarins el paquete de cartas; desdobló una, y leyó.

Mi querida hija, esta sirve...

EL LABRADOR.

¡Ah! esa es una carta mia, en que la preguntaba... pero leedla, y luego vereis su respuesta.

CLARINS *leyendo.*

Mi querida hija, esta sirve para preguntarte si sigues siempre el camino del honor. Te participo que mis dos últimas vacas han muerto,

y me veo arruinado. He sabido que ganás bastante haciendo retratos; y así procura enviarme alguna cosa; bien que son muchas las veces que te he suplicado lo mismo y nunca me has socorrido. Si haces lo mismo ahora la desgracia te perseguirá, como sucede á los hijos ingratos; si me envias algun socorro lo pondrás en poder del Rector Sompton en Forshire; y queda tuyo tu padre.

Tomás Benk.

EL LABRADOR.

Leed ahora lo que me respondió.

CLARINS *leyendo y confundido de reconocer la letra de su muger.*

Mi venerado Párroco: me son muy

sensibles las desgracias acaecidas al virtuoso Tomás Benk, á quien respeto y amo tanto...

EL LABRADOR.

¡No quiere llamarme padre porque le pareceria vergonzoso!

CLARINS *continuando.*

Por desgracia nada puedo hacer por él, porque yo misma estoy muy necesitada. Las artes son poco lucrativas. Los que nos entregamos á ellas recibimos continuas alabanzas; pero la fortuna huye de nuestros obradores, y va á enriquecer al exáctor y atormentador de su pais. En la actualidad tengo muy poco que hacer. Por lo que hace al jóven,

ya conoceis su cabeza, y los pocos recursos de la profesion que exerce..

EL LABRADOR.

¡Por lo que hace al jóven! nunca he podido entender lo qúe esto quiere decir.

CLARINS *suspira y prosigue.*

Decid pues al buen Tomás que dexe de perseguirme; y á la verdad no podria hacer mas si yo le debiera mi educacion y la poca destreza que tengo en mis labores quando á vos solo y á la respetable Lady Varing debo quanto soy. A Dios, hombre virtuoso; y no digais donde vivo al que os hace escribir, porque quiero librarme de sus importunidades, aunque no

ceso de suplicar al cielo que haga feliz á un hombre á quien debo la vida.

EL LABRADOR.

¡A quién debo la vida! no es poca fortuna que se digne de confesarlo : ved, ved las demas cartas.

Clarins, turbado hasta lo sumo, leyó rápidamente dos ó tres cartas dirigidas por Belly al Rector de Forshire, en las que se hacia mencion de Tomás, pero sin llamarle padre. Esto habria chocado á qualquiera hombre que hubiese sospechado que su esposa tenia enemigos, pero consideraba á la suya rodeada solo de amigos suyos ; y creia que nadie podia tener inten-

cion de perjudicarla. Nada le ocurrió á Clarins en defensa de su muger; y se dexó caer en un camapé exclamando : ¡O Dios! ¡ Enrique no es su primo!...

El astuto labrador recargó sobre la especie del primo, inculcando en que era falso semejante parentesco, pues nunca habia tenido hermanos. Este hombre apoyaba todo lo que podia interpretarse siniestramente contra la inocente Belly; pero viendo que Clarins le miraba con espantosos ojos, conoció su necedad, y quiso repararla ponderando la mucha virtud de su hija en todo, ménos en el agrade-

cimiento. Pero estaba ya clavada la flecha en el corazon del infeliz esposo: sospechaba, ó, por mejor decir, creia que Enrique era un amante con quien Belly habia vivido libremente ántes de su matrimonio, y con quien era de temer que continuase faltando á sus obligaciones. Al fin dixo al labrador: quedaos aquí, porque mi muger no está en casa, ni volverá hasta mañana; pero quiero que abrace á su padre delante de mí. Sin embargo á nadie digais los secretos que me habeis confiado, porque tengo motivos poderosos para ocultarlos. El labrador un poco

confuso, respondió: yo no puedo detenerme mas de un dia, porque tengo empezada la siembra; pero este negocio es de ocho dias, yo volveré despues y me detendré todo lo que quisiereis; pero por ahora... — Pues ¿á que habeis venido? — Solo á ver á mi hija y mi yerno, y volverme al punto. — Pero solo un dia... — No puede ser, no puede ser.

Hizo Clarins quanto pudo para detener al labrador; pero lo único que alcanzó fué que le dexára todas las cartas de su muger: hecho lo qual, se despidió Tomás cargado de regalos que le hizo Clarins, quien creia reparar con sus beneficios la

ingratitud de su muger para con su padre.

¡Considérese el estado de este infeliz luego que se ausentó el labrador! la humilde extraccion de Belly y el habersela ocultado le era ménos sensible que su íntimo trato con un jóven encubierto bajo el título de primo. Sintió profundamente el dolor de los zelos y del desprecio; pero para asegurarse mas de la inteligencia criminal que ya daba por supuesta, partió inmediatamente al castillo de Milady Bronton, la qual, segun lo habia dicho varias veces, conoció á los padres de los

dos primos. No halló á esta señora, porque atraida de la fama de unas grandes funciones que se daban en el coliseo de Lóndres, habia pasado allá por uno ó dos meses. Desconsolado con este contratiempo tuvo intencion de mandar á su cochero que tomase el camino de Lóndres para aclarar este misterio; pero no se resolvió á nada, sin consultar antes con su hermana en quien tenia entera confianza, y que amaba tanto á su esposa. Se dexa conocer la agitacion con que pasaria la noche, y la impaciencia con que esperaba la vuelta de las dos señoras.

Al fin llegáron: Madama Clarins

abrazó á su marido, y le dixo: mi primo está bueno, y me ha encargado que te hiciera presente su mucho afecto, no puede venir á verte, porque está acabando una obrita que le han encargado con mucha priesa.

Clarins, oyendo la palabra de *primo*, arqueó las cejas, y se desvió de los brazos de su muger, la qual como jóven y muy viva no hizo gran reparo en esto. Sin embargo no dexó de observar despues cierta frialdad en su esposo; pero lo atribuyó al disgusto de haberse visto ausente de ella veinte y quatro horas. Pasó Belly á su quarto á mu-

darse de ropa; y entretanto Clarins encargó á su hermana que al instante que estuviese desocupada pasase á su gabinete. Mostróse la Herbert como atónita; le preguntó si habia estado enfermo; él la respondió que no, y ella le prometió pasar quanto ántes á su quarto.

TARDE XXXIX.

LA TRAICION.

Continuacion de la historia de Belly y Enrique.

Dexó Madama Herbert á su cuñada con un falso pretexto, y despues subió al quarto de su hermano, á quien halló anegado en lágrimas; y afectando cuidado le preguntó qué era lo que tenia. —— ¡Ay hermana! compadéceme; consuélame: ¡estoy desesperado! —— Pero, ¿qué es lo que te ha sucedi-

do? — ¡La mayor desgracia! ¡estimacion, amor, confianza, todo, todo lo he perdido! — ¿Qué es lo que dices? explícate hombre, que yo no te entiendo. — ¿No has conocido á mi esposa ántes que yo? — Sí: he tenido la dicha de conocer, ántes que tú, á tan preciosa muger. — Pues esta preciosa muger.... ¡ó Dios!... es un monstruo que abomino. — ¿Estás en tí? — A mí, á tí... á todo el mundo ha engañado. — ¡Me horrorizas! — Enrique no es su primo. — ¿De veras? — No es huérfana, no: yo he visto á su padre, yo le he visto; y es un miserable labrador. —

¿Cómo? — Ella ha abandonado á su padre, por vivir con su amante. No lo dudes, hermana, Enrique es su amante. — Pero, ¿de dónde lo has sabido? ¿quién te ha contado novela tan inverisimil? — Dices muy bien: todo esto parece inverisimil, pero es cierto. — ¿Enrique? — No es primo suyo. — ¿Y su padre?... — Te digo que le he visto. — ¿Le has visto? — Sí; y nunca ha tenido parientes sino á Belſy. — ¡Cosa bien rara! — ¿Quién te ha dicho á tí que eran parientes? ¿tienes algunas pruebas? — Pruebas no; todo el mundo lo decia... — Porque ellos se lo

decian á todo el mundo. — Milady Bronton... — Sí: Milady Bronton lo sabe todo en esta parte; pero no está en su castillo. — ¿Pues dónde está? — En Lóndres. — Pues no te aflijas, hermano, que ahora mismo me pondré en camino para Lóndres, porque es mejor que yo me informe, pues tú estás demasiadamente agitado. Al punto partiré; pero te aseguro que lo hago solo por contentarte, pues no creo una palabra... — ¿Qué, nada crees? muy bien; pero yo creo que conoces su letra: mira en estas cartas de que modo trata á su padre.

La Herbert hizo que leía con an-

sia las cartas de Belly; manifestó confusion durante un breve rato; y luego levantándose rápidamente dixo: yo voy á Lóndres, sí: quiero saber si Milady Bronton, que ha tanto tiempo conoce á estos jóvenes, me ha engañado. ¡Seria cosa insufrible! ¡Comprometer así el honor de una fámilia! ¡Ah; Milady, Milady! ¡ya lo verémos! ¡pero por Dios que nada digas á tu muger hasta que yo vuelva: es necesaria toda esta reserva, hasta tenerlo todo averiguado. — Yo te la prometo; pero espero que á tu vuelta me informarás exâctamente de quanto te dixere Milady Bron-

ton, sin que te contenga el amor que tienes á mi esposa. — No hay duda que la amo entrañablemente; pero amo mas á mi hermano.

La perversa Herbert enxugaba las lágrimas de su hermano, le consolaba, y aun lloraba con él para hacer la escena mas tierna; y despues de haber exîgido de él nuevamente la promesa de que nada diria á su esposa hasta su vuelta, partió á Lóndres, con intencion de interesar en sus ideas á la envidiosa Milady Bronton, que habia jurado odio perpetuo á Belly, solo porque la veía feliz.

¡Pobre Belly! ignoraba quan-

to se forjaba contra ella y su inocentísimo esposo. Esta esposa tierna y honesta preguntaba por su esposo, y la decian que un terrible dolor de cabeza le detenia en su quarto. Voló á él, y no la abriéron la puerta. Se inquietó, se informaba, y nadie pudo instruirla. Para colmo de su pena, este esposo, que no se dexaba ver, se hacia servir en su quarto algunos ligeros alimentos. No queria ver á nadie, ni aun á su esposa; ¡ qué órden tan cruel para la sensible Belly! Esta era la vez primera que la desdeñaba un hombre que hasta entónces la habia dado mil finísimas

pruebas de su afecto. Preguntó por su cuñada, y la dixeron que acababa de partir, pero que no se sabia adonde. La pobre Belly suspiraba, y esperaba que la explicasen estos misterios que no podia penetrar.

Hácia el anochecer oyó entrar un coche en el patio, corrió á la escalera y encontró con su cuñada, á quien dixo: ¡por fin os veo dulce amiga! ¿podreis explicarme?..— Nada, nada, hija mia; déxame hablar á tu marido. Dicho esto se dirigió al quarto de su hermano. Belly quiso seguirla, pero la cuñada la detuvo; y apretándola la mano la dixo con tono compasivo: ya

lo sabrás todo... ¡pobre muchacha! ¡tienes muy grandes enemigos! Sin decirla mas subió precipitadamente al quarto de su hermano, y se encerró con él, dexando atónita á Belly, que esperaba en su estancia el fin de tan extrordinarios sucesos.

La Herbert, sola con su hermano, se sentó en un camapé, y él no se atrevía á preguntarla; pero al fin la dixo: vaya, ¿qué hay? Su hermana entónces se levantó, dió algunos paseos por la estancia, y volvió á sentarse, sin articular una palabra, hasta que Clarins cansado, la preguntó de

nuevo, ¿qué dice Milady Bronton? — No sabe mas que nosotros. — ¿Pero cómo?.. me parece que la oí decir que conocia á los padres de Belly y Enrique. — Sí, conoció al padre de Belly, que efectivamente es un labrador de Froshire. — Muy bien... ¿y el de Enrique? — El de Enrique es un hombre, como suele decirse, volandero, que se le presentáron como padre de Enrique; pero despues ha descubierto la verdad; ¡terrible verdad!.. no son parientes. — ¿Es posible?.. en fin... ¿pues qué son? — Sosiegate... ¿qué se ha de hacer?... Siento infinito verme precisada á

agrabar tus penas y perjudicar á una muger que yo estimaba... pero es preciso decirlo todo. — ¿ Todo ? ¿ con que hay todavia algo que saber? — Belly y su fingido primo, ántes de venir á establecerse en Briste, se viéron precisados á dexar á Lóndres porque su trato escandaloso era el objeto de la censura general. — ¡ Triste de mi !.. ¡ ciega confianza !.. — Despues de su matrimonio, Belly... — ¿ Despues de su matrimonio ? — Ha recibido muchas veces... á Enrique.. en su quarto... — ¡ Cielos ! ¿ y de dónde ó cómo has sabido esta particularidad ? — De tú jardine-

ro, que varias veces ha visto á Enrique saltar por encima de las tapias del jardin, contiguas á la habitacion de tu muger y que tienen salida á él. — ¡Dios santo! ¿y por qué el jardinero no me lo ha avisado? — ¡Buena pregunta! porque le habian sobornado; y por eso ya no está aquí. Yo le he hallado en el camino; y para descargo de su conciencia me lo ha confesado todo, asegurándome que jamas volveria á Surrey. — ¡Es posible!.. — No hay remedio: ¡te han engañado cruelmente!.. si yo hubiera sospechado... ciertamente que quando ultimamente estuve en ca-

sa de Enrique... advertí ciertas libertades... pero como los creia parientes... á las gentes sínceras qualquiera las engaña. —— ¿Y qué partido he de tomar? —— Solo encuentro uno; pero es menester resolucion. De nada pudiera servir una tropelia escandalosa; y así conviene que retires á tu muger hasta el tiempo de su parto á la pequeña quinta que has comprado, y dista dos millas de aquí. Tiene una habitacion segura y cómoda: si te parece yo misma la llevaré á este sitio; cuidaré de que Enrique ni nadie la vea; y luego que pariere, te separarás de ella

para siempre. —— ¿Y he de reconocer un hijo?... —— Si no es posible averiguar plenamente el delito, ¿qué has de hacer? déxate gobernar: sé padre, pero dexa de ser esposo. —— Pero yo quiero verla, confundirla... —— ¡Bello pensamiento! ¡muy propio de una imaginacion acalorada! Ella lo negará todo, llorará, se desmayará; tú te enternecerás, y serás víctima de tu debilidad. —— Pero es cosa cruel desterrarla sin decirla... —— Pues bien: dila quanto quieras, haz lo que te diere la gana; la culpa tengo yo de meterme en asuntos que casi nada me importan, y de darte consejos

que repugnan á mi corazon, como perjudiciales á una muger á quien yo debia proteger negándote la verdad de todo lo acaecido. ¡Ciertamente que hago un buen personage! ¡por compadecer á mi hermano, pierdo á mi amiga!.. pero repito, que hagas lo que quieras; mas te digo, y es: que la perdones; pues puede ser que se enmiende. — ¿Pero quién ha de perdonar agravios semejantes? No: me atengo á tu primer consejo. Vaya léjos de mí á dar el fruto de un enlace desdichado; y luego siga el rumbo que quisiere. Dispon todo lo necesario; y encargate de participarla mi re-

solucion. —— No hermano mio; me es muy sensible afligirla. —— ¿Con que prefieres mi desesperacion y mi deshonor?.. —— Pobre Belly... ¡en efecto está muy culpada! —— ¡Y tanto! —— Vaya: yo me resigno en castigar á la esposa, para que se sosiegue el esposo: mañana la llevaré á la quinta de Voor, y me estaré allí todo el tiempo necesario hasta que sea completamente madre. Sabrás diariamente por mí quanto ocurra, porque te participaré hasta las cosas mas indiferentes. —— Dila que estoy instruido de todo. —— Está bien. —— Que la detesto tanto co-

mo la amaba. — Sin duda. — Y que no me he determinado á separarme de ella, hasta estar plenamente convencido de su perfidia. — ¡Con pruebas incontestables! — Yo renuncio en tí quantos derechos me competen sobre la muger mas vil del universo.

Despues de esta conferencia que tanto favorecia las ideas de la Herbert, baxó ésta á la habitacion de Belly, á la qual halló sumergida en la mas horrible inquietud; y apénas la vió ésta, la preguntó: ¿qué es lo que ocurre, señora? — ¡Pobre hermana mia! es preciso que te resuelvas á alejarte de tu

marido por algun tiempo. —— ¡O Dios! ¿y por qué? —— Porque te han indispuesto con él. Algunos enemigos secretos que tienes le han asegurado que Enrique no es primo tuyo. —— ¿Es posible que tan atroz calumnia?.. —— Los informes que ha hecho tomar en Lóndres, y particularmente en casa de Milady Bronton, no le han hecho fuerza; y quiere tomarse tiempo suficiente para averiguar el misterio de tu nacimiento, como él dice, que tú le has tenido oculto. —— ¿Pero qué podia interesarle el saber mas de lo que sabe? Yo le he dicho que mis padres habian muer-

to siendo yo muy niña; que el respetable Párroco de un corto lugarejo se encargó de mí y de Enrique, que tambien era huérfano como yo, hasta que una gran señora se dignó de llevarme consigo á Lóndres... Pero muchas veces os he referido las particularidades de mi educacion, y debiais habérselas referido.—Todo se lo he dicho, quanto tú me has contado; pero ha tratado de fábula mi narracion, añadiendo, que todo era una bella invencion de tu parte para engañarme y engañarle. — Yo puedo probar... — No quiere pruebas de quanto he dicho. —— ¿Con que tiene derecho

para ultrajarme sin oirme? —— Ya te oirá quando el tiempo le haya tranquilizado, porque ahora le falta poco para demente. En fin, es preciso que te resuelvas á pasar algunos dias en el campo: no te es desconocida la quinta de Voor, allí irás, y yo te haré compañía, porque le he dicho que no te abandonaria á tu desgracia, y que aunque él fuese injusto yo nunca seria insensible á la amistad.

Abrazó Belly á su artificiosa enemiga, la qual añadiendo otras mil razones logró convencer á la inocente jóven á que cediese á sus consejos y se dispusiese al viage.

Así engañaba esta malvada á dos personas, aparentando la amistad mas sencilla. Al dia siguiente Belly, que habia pasado una noche cruel, dixo que queria ver á su esposo; pero la aseguráron que habia salido para todo el dia. Por tanto, desecha en lágrimas subió al coche, casi desmayada entre los brazos de su cuñada, que afectaba profunda tristeza y cuyos malignos pensamientos estuvo muy á pique de inutilizar un accidente, porque Clarins en realidad no estaba ausente; y no pudiendo resolverse á separarse de su muger sin verla, se presentó en el momento

en que iba á partir el coche. Entónces su muger exclamó: ¡cruel esposo! ¡hombre bárbaro é injusto! ¿por qué me castigas? ¿por qué, á lo ménos, no te dignas de escucharme?

Clarins se acercó turbado, y la dixo: ¿conoceis á Tomás Benk, á quien debeis la vida? — Sí señor, le conozco. — ¿Y á Lady Varing? — Fué mi protectora. — ¿Y reconoceis estas cartas? ¿son vuestras? — Mias son: todas las dirigí al dignísimo Párroco de Forshire. — Basta, Señora quedo enterado; y no me volvereis á ver jamas

Dicho esto se retiró Clarins; y

la pérfida hermana que, como suele decirse, temblaba de pies á cabeza, mandó al cochero partir al instante. La triste Belly, desesperada con este contratiempo, se quejó á su cuñada por la precipitacion de la marcha, añadiendo: ¡ah! él me habria explicado... — ¿Qué? ¿lo que él mismo ignora? ¿pues no ves que está como insensato? — ¿Qué habrá querido decir, citándome al viejo labrador Benk, á quien diez años ha que no he visto? — Yo no lo sé. — Es verdad que le debo la vida; y aun creo haberos referido que educada en casa del Rector de Forshire, á

quien mi tutor y albacea de mi padre. pagaba por mí una quantiosa pension, una noche se incendió la casa en que yo vivia con una aya, y en un instante hizo el fuego tan rápidos progresos, que sin duda hubiera yo perecido entre las llamas, á no ser por el valor de un labrador que atravesando la multitud de gentes convocadas á apagar el fuego, rompiendo por las llamas, me sacó en sus brazos, y me llevó moribunda á su humilde habitacion donde recobré mis sentidos. Llamábase este labrador Tomás Benk, á quien viviré eternamente agradecida como has-

ta aquí ; pero este hombre poco acomodado exîgia de mí demasiado. No contento con los regalos que el Rector , mi tutor , y yo le habiamos hecho , me escribia sin cesar á Lóndres pidiéndome dinero ; yo le contestaba que no le tenia , y le suplicaba dexase de importunarme ; y estas son las cartas que acaba de mostrarme mi esposo : ¡qué hay en ellas contra mí? ¿quién se las ha entregado? ¿se habrá convertido en enemigo mio el importuno Benk porque no le he podido favorecer en quanto pedia ? ¿qué misterios son estos , que no puedo concebir ? Mi marido me ci-

ta á Benk, al Rector y á Lady Varing, añadiendo que esto basta; pero ¿qué significa este enigma? Decid, hermana, ¿no os ha explicado?... — ¿A mí? nada: esta es la vez primera que le he oido pronunciar semejantes nombres. Sin duda que todo esto es algun enredo que te han levantado, asegurando á mi hermano que Enrique no es primo tuyo. — ¿Pero por qué no se informa del Rector de Forshire, y del mismo Tomás Benk que nos ha conocido á Enrique y á mí, de muy tierna edad, criarnos en casa del Rector? Por otra parte, la pureza de nuestras

costumbres se puede atestiguar con todo Lóndres. No, no: aquí hay algun misterio que no alcanzo; y es preciso ser tan desgraciada como soy, para tener enemigos tan viles que persiguen á quien nunca ha tenido mas placer que hacer todo el bien posible á quantos ha conocido.

Hablando así llegáron las dos damas á la quinta de Voor; y al instante Belly se puso á escribir á su esposo una carta, en la que se obligaba á hacerle ver, quando quisiera, el vínculo de su parentesco con Enrique. Al mismo tiempo escribió á éste; pero temien-

do comprometerle con su esposo, y conociendo que de explicarle la verdad podrian resultar fatales conseqüencias, únicamente le decia que una indisposicion la precisaba á mudar de ayres; y le suplicaba viniese á verla. Quedó la Herbert encargada de la direccion de ambas cartas, y es fácil de conocer el abuso que hizo de esta confianza. Entretanto Enrique, ignorando las desgracias de su prima; disponia un viage que mucho tiempo antes habia premeditado. Queria ver las ciudades de la Gran-Bretaña, para instruirse y aliviar en algun modo el tedio que le inspi-

raba la soledad. Tenia un criado, llamado Dric, á quien á fuerza de dinero habia ganado la Herbert, á la qual participaba todos los designios de su amo. Ya habia tres semanas que la pobre Belly habitaba en la quinta de Voor esperando por instantes que viniera su esposo, porque así se lo habia prometido su cuñada, quando ésta supo que Enrique se disponia á viajar; y como tenia preparados sus infernales proyectos, hizo que llegase á las manos del jóven un villete concebido en estos términos.

Al amable Enrique.

Tú eres sensible y generoso: di-

fiere pues por un corto tiempo tu viage, y espera segundo aviso de la desdichada que padece por tí y te adora mas que nunca. La precision me obliga á valerme de agena mano para no comprometer tu seguridad.

Enrique nada entendió de estas claúsulas: ¿ quién era la desgraciada que padecia por él? á ninguna muger trataba; su corazon no conocia el poder del amor; ¿ si se le habrá inspirado á alguna desconocida que no quiere todavia declararse? No, no dixo para sí, esta es una burla que quiere hacerme alguno, por satirizar mi insensibilidad, ó tal vez mi inclinacion á las aven-

turas extraordinarias y romancescas. Así fué que Enrique, sin hacer aprecio del villete, le dexó sobre una mesa, y entrando en su gabinete, se puso á trabajar. Dric, siguiendo las órdenes de la malvada Herbert, se apoderó del villete, al instante, marchó á Surrey, y presentándose en casa de Clarins, dixo que tenia que hablarle en secreto; y luego que se vió con él, le expuso que le traia una carta de su amo. Hizo como que la buscaba, se registró todas las faltriqueras, sacó de ellas varios papeles; y al descuido dexó caer el villete fatal. Por último fin-

gió que se le habia perdido la carta; pero que su contenido, sobre poco mas ó ménos, se reducia á que Clarins dixese á qué hora podria venir su amo para hablarle á solas. Entónces Clarins, lanzando al criado una mirada de indignacion, le dixo: preven á tu amo que venga quando quiera; sin embargo de que nada tengo que trátar con él, á no ser que quiera darme satisfaccion del agravio que me ha hecho.

El criado afectó un gran aturdimiento al oir estas razones, y se retiró. Apénas hubo salido, reparó Clarins el villete que estaba en el

suelo. Le recogió, y luego que lo hubo leido, se persuadió á que era dirigido á Enrique por su muger. Sin detenerse á exâminar como habia llegado este papel á poder de Dric, montó á caballo, y fué á la quinta de Voor, donde no habia estado desde que fué á ella la pobre Belly. Habia cerca de la quinta un rústico albergue, donde desmontó; hizo llamar á su hermana, á la qual dió parte del nuevo descubrimiento; pero ésta no hizo mas que mostrarse admirada, y asegurar que no podia comprehender como Belly habia escrito á Enrique sin que ella lo hubiese ad-

vertido. Sin embargo, añadió, me ha jurado que es primo suyo; pero será preciso duplicar la vigilancia: y así enviame á Frank, tu nuevo ayuda de cámara porque es hombre firme, no conoce á tu esposa, y por consiguiente no puede interesarse en su favor; y yo te aseguro que con su auxîlio precisaré á Belly á hacer quanto yo quiera. —— Pero intento confundirla, hacerla ver sus culpas, y agoviarla con el peso de mi desprecio y de mi indignacion. —— ¡ Que tal pienses ¡ ¿ has olvidado que se halla cercana al parto, y que semejante tratamiento puede matarla juntamente

con su hijo? No, no: aguarda que seas padre, y entónces no tienes que gastar atenciones con tan indigna esposa. Ahora está muy delicada, ayer se desmayó, y la tuve por muerta durante una hora; yo pienso que querrás castigarla, pero no darla la muerte.

Rindióse Clarins á la eficacia de estas razones; y volvió á su casa, donde en vano esperó á Enrique, el qual, ignorando las íntrigas de su criado, y la triste situacion de Belly, nada tenia que tratar con Clarins, pero no podia verificar su viage tan pronto como queria, porque su infiel criado descompo-

nia astutamente quantas medidas tomaba ; y por tanto unas veces no se hallaba silla de posta, otras faltaban caballos ; y de este modo se pasaban los dias sin provecho. Creyendo Enrique que su prima permanecia en Surrey, la habia escrito una carta, despidiéndose para su viage, pero el pérfido Dric se la dirigió á la Herbert ; y quando viéron que la ocasion era oportuna para executar sus ideas, proporcionáron las cosas de modo que cesasen todos los obstáculos para el viage de Enrique, el qual se puso en camino. El primer dia, hácia el anochecer, pasando por



Como la clara corriente
Del arroyo lisongero,
Que su interior todo entero
Hace á la vista patente,
Lo mismo ha de ser tu mente,
Pura y de recta intencion:
Huye la simulacion;
Y ten por averiguado
Que el traidor es detestado,
Aunque agrade la traicion.

M. Garrido lo grabó

un bosque, quedó sorprehendido al oir el llanto de un niño que, metido en una cestilla colocada junto al camino, parecia estar abandonado á la compasion del primero que pasase. Era Enrique muy caritativo, baxó de su silla, tomó la criatura en sus brazos, y quedó atónito al hallarle pendiente del cuello un papel escrito por la misma mano que le habia dirigido la carta anónima, y cuyo contenido era el siguiente.

Avos, Enrique mio, os entrego mi hija: sed su padre ó su tirano, abriéndola vuestros brazos, ó abandonándola á la crueldad de las fieras.

Su desdichada madre no tiene otro recurso á que acudir para salvar su débil exîstencia, destinada á la muerte por el monstruo que la persigue. Podrá ser que algun dia os vea esta infeliz y agradezca el cuidado que tuviereis de su adorada hija.

¡Considérese quál seria la admiracion de Enrique! Veia claramente que la niña era fruto del amor de la misma muger que ya le habia escrito; pero ¿por qué se valia de él esta muger á quien no conocia? ¿por qué acudia á valerse de un hombre que no tenia amigos, y casi ningun trato en el mundo? Sin em-

bargo la niña estaba abandonada en un bosque, y se acercaba la noche; ¿qué haria? ¿dexaria perecer á esta inocente criatura? No se lo permitia su corazon, y dixo: no hay remedio; es preciso seguir esta aventura impenetrable, ya que no sea por respeto de la madre, en cuyo favor no tengo motivo particular para interesarme, por el de esta niña infeliz cuya conservacion es un debér sagrado para todos.

Tomó Enrique la niña; la envolvió en su capote, subió á la silla, y continuó su marcha. Llegó en breve á una aldea, entró en una posada, pasó alli la noche con su

tesoro, y al dia siguiente hizo buscar un ama de leche para que la suministrase á la niña. Como Enrique viajaba por solo entretenimiento, y la adopcion de la niña exîgia cuidados, pasó dos dias en la posada; y en tanto que reflexîonaba sobre lo que habia de hacer con la niña que le habian confiado, expliquemos á nuestros lectores este enigma que tal vez habrán ya penetrado; pero para esto es preciso retroceder sobre los hechos.

Habia recibido la Herbert al auxîliador que habia pedido, es decir: que Frank, ayuda de cámara

de Clarins, estaba ya en la quinta de Voor; y sin comunicar á la pobre Belly las instrucciones que habia recibido de su amo, la tenia enteramente cautiva en su quarto. Quejábase á la Herbert de semejante tiranía; y ésta, con el tono mas sério, reprehendia al criado, cuyo carácter intrigante tenia hacia mucho tiempo bien conocido, y á quien ella misma habia introducido en casa de su hermano para que ayudase á sus ideas. Así es que la infeliz Belly, rodeada de severas guardias, no podia executar la resolucion que habia formado de ir secretamente á Surrey para

que su marido la explicara las causas de tan cruel persecucion. Acercábase en tanto el término de su preñez; y acusaba á su marido, á su cuñada, y mas que todos á Enrique, cuya frialdad la admiraba, mayormente despues de haberle escrito que se hallaba en Voor.

Agitábanla tan crueles pensamientos, quando enmedio de una noche de dolor, dió á luz una niña hermosa como el amor. La Herbert, que casi nunca se separaba de ella, recibió en sus brazos la niña, á la qual acarició pérfidamente, pues alimentaba en su co-

razon el bárbaro designio de incluirla en la pérdida de su desgraciada familia. Llevóse pues la niña, y baxó á una sala, como para atender á su regalo, quando por la mañana Dric, capitaneando varios malvados armados de puñales y pistolas, entráron y amenazáron matar á todos si no se les entregaba la niña. Algunos criados que oyéron esta órden, ignorando si procedia de Clarins ó de otro, no hiciéron resistencia, y se verificó el robo de la criatura. Estos malvados, para consumar su crímen, guardáron dos dias la niña, prestándola los socorros que exîgia su situacion; y

al tercero, miéntras que Dric conducia la silla de posta de su amo, expusiéron la recien nacida junto al camino por donde habia de pasar Enrique; y véase aquí como este jóven, sin saberlo, se vió en la precision de cuidar de su propia sobrina.

Entretanto la Herbert, despues de haber entregado la criatura, llenó la casa de gritos, que oyó la triste madre desde su lecho de dolor. Preguntaba la causa y nadie la contestaba, hasta que entrando sola en su quarto la Herbert, imitando á las furias, exclamó: ¡ó Dios!... ¡triste de mí!... me la han

arrebatado !... de entre mis brazos me han quitado la niña! — ¿Quién? — Unos vandidos... unos perversos... ¿que se yo quienes son?

La desgraciada Belly oyendo esto perdió el sentido; y su vil cuñada, encomendándola á sus criados, subió apresuradamente á su quarto, y escribió la siguiente carta, que envió al instante á su hermano.

Mi desventurado hermano... el crímen se ha consumado!... no podia creerlo; pero es demasiado real.... Belly (porque no me atrevo á decir tu esposa) ha sido madre, quando yo ménos lo esperaba. Ha dado á luz una niña, fruto

de un horrible adulterio. Quando yo la acariciaba creyendo que era mi sobrina, Dric, el criado de Enrique, ha entrado con otros facinerosos armados de pies á cabeza, diciendo: yo necesito llevarme esta criatura, pues la reclama su padre.— ¿Quién? — Enrique mi amo...

¡No puedo acabar!.. ¡Los infames... me han arrebatado la niña; y montando en caballos que tenian prevenidos, han desaparecido. ¡O hermano mio! piensa lo que debes hacer; que yo no estoy para nada segun es terrible la revolucion que experimento y me tiene postrada en la cama: á Dios.

Ursula.

Apénas dirigió esta carta la Herbert, baxó al quarto de Belly... se acercó... la miró... ya no exîstia: el pesar la habia muerto.

Esta es la vez primera que la exêcrable Herbert sintió que el dolor y el remordimiento penetraban su inhumano corazon: aun dudaba lo que veia; pero al fin se convenció de verdad tan atroz. ¡ Quánto detestaba su crímen y su conducta! demasiado habia extendido sus ideas de venganza! no queria sino separar los esposos desterrando á Belly; pero Belly ya no exîstia, y su muerte era un resultado de los criminosos proyectos de la misma Herbert.

Esta muger implacable se retiró á su quarto; y llamó á Frank, único cómplice y sabedor de sus delitos. Le hizo jurar que nunca los revelaria; y para asegurarse mas de su fidelidad, le dió quantas ricas alhajas y dinero tenia. Bien quisiera poder sofocar á igual precio el grito de su conciencia; pero este testigo es incapaz de soborno.

En tanto que esta muger, esta furia fluctuaba en su incertidumbre; miéntras que temblaba al menor ruido que oia, temiendo la llegada de su hermano, porque conocia el amor que tenia á su es-

posa á pesar de todo lo acaecido; este infeliz quedó casi sin sentido al leer la referida carta. No contestó á ella; y solo pensó en vengarse. Montó á caballo, y corrió á Briste, esperando hallar allí á Enrique; pero quedó sorprehendido al saber que habia partido el dia anterior. Preguntó si habian visto en su casa alguna criatura recien nacida; y le contestáron que no.

Atónito no sabia que hacer; pero al fin se informó del camino que habia tomado Enrique. Corrió sin cesar; y á la mañana siguiente entró en un pueblecillo, donde preguntó si habian visto pasar á un jóven en

una silla de posta, con un criado y una niña muy tierna. Respondiéronle que sí; y que el sugeto por quien preguntaba, estaba con la niña en la primera posada que hallaria á la derecha. Entró en ella Clarins enfurecido, y Enrique fué el primer objeto que se le presentó. Caballero, le dixo: ¿dónde está la criatura? —¿Qué criatura? — Vaya: fuera rodeos, bien sabeis lo que quiero decir. — Yo no conozco aquí otra criatura que una niña que he adoptado. — ¡Ah! la habeis adoptado.

Tenia Enrique casualmente en las manos el papel que encon-

tró pendiente del cuello á la niña, y le estaba exâminando con reflexîon. Clarins, que en nada reparaba, se le arrebató, y se puso á leer su contenido; y sin tener paciencia para concluirle, le dixo: traidor, que me has deshonrado, defiende tu vida. Dicho esto, desnudó la espada. Atónito Enrique le pidió la razon de todo lo que no comprehendia; Clarins no le atendia, y Enrique se escusaba á batirse con el esposo de su prima; pero este hombre furioso, arrebatado de su ira y de su desesperacion, cometió la barbaridad de atravesar con su espada el pecho del infe-

liz jóven, que cayó moribundo á sus pies.

Esta terrible escena pasó con tanta rapidez, que las gentes de la posada no pudiéron evitarla. Recogiéron á Enrique; y le leváron á una cama, en tanto que Clarins, siguiendo los impulsos de su furor, exclamaba: ¡ es un monstruo que ha deshonrado á mi esposa !.. mia es esta niña... ó por mejor decir, es fruto de un adulterio.

Miéntras que se detuvo en estas exclamaciones, le prendiéron y le conduxéron á un profundo calabozo, donde la justicia, con el

testimonio de los que habian presenciado el caso, conoció que era un vil asesino. Entretanto se le aplicáron á Enrique quantos remedios caben en la medicina; pero espiró ántes de veinte y quatro horas, despues de haber sido careado con su asesino, á quien solo pudo decir estas palabras: yo os perdono mi muerte.

Al instante procuró Clarins participar el suceso á su hermana, la qual se trasladó inmediatamente al lugar de la catástrofe, donde se aviváron sus remordimientos al considerar dos víctimas sacrificadas ya á su venganza, y la ter-

cera expuesta á una suerte todavía mas fatal. Sin embargo como vió que nada se habia declarado en quanto á ella (pues Dric viendo muerto á su amo habia huido) se sosegó un poco con la esperanza de que sus crímenes quedarian sepultados en el silencio ; y prodigaba todos sus cuidados á la recien nacida , bien asegurada de que era su sobrina ; y al mismo tiempo hacia quantas diligencias podian preservar á su hermano de la muerte que habia merecido.

La de su muger supo Clarins en la cárcel, y aumentó su dolor esta noticia. Hiciéronle creer que

esta muerte habia sido conseqüencia de un parto dificil ; y sintió vivamente la falta de su esposa, aunque la creia criminal : pues tanto era el amor que la habia tenido. Mediáron en su causa gentes poderosas, que obtuviéron su perdon justificando que su venganza habia sido efecto del gravísimo ultrage que habia recibido en su honor ; y de este modo quedó infamada la memoria de las dos víctimas. Solo á la eterna Providencia correspondia manifestar su inocencia ; y esto se verificó puntualmente. El Rector de Forshire hombre que vivia muy retirado, y

que en muchos años no habia oido hablar de Belly y Enrique, supo por la voz pública el proceso de Clarins; y quando éste fué absuelto, se instruyó el buen Párroco de todas las particularidades. Supo que en la causa se hablaba de un Enrique que se decia primo de una muger llamada Belly, y que estos habian deshonrado el tálamo de Clarins. Conoció que eran los mismos que habia educado en sus primeros años; y como estaba asegurado de sus buenos principios y rectas costumbres, no podia persuadirse á que hubieran incurrido en semejante delito; y así se puso en camino;

para saber del mismo Clarins, qual habia sido la conducta de los dos primos; y llevó consigo quantos papeles podian contestar el nacimiento de Belly y Enrique.

Llegó á Surrey, y presentándose á Clarins, le dixo que tenia que habrarle en secreto. Estaba con éste su hermana, que empezó á temblar quando el Rector se dió á conocer por quien era; y Clarins dixo al buen sacerdote, que no habia asunto, por secreto que fuese, que no pudiera saberle su hermana. En conseqüencia de esto el Rector explicó su de-

signio, y suplicó á Clarins le refiriese sus desgracias, lo que hizo sin detenerse el delinqüente esposo. Concluida su narracion, el Rector le manifestó todos los instrumentos justificativos del nacimiento y parentesco de los dos primos. Belly era hija del Conde de Ercester, que habia muerto perseguido, y en la mayor indigencia; y Enrique debia su vida al caballero de Ercester, hermano del Conde. ¿Pues quién es, exclamó Clarins, Tomás Benk, que se dice padre de Belly, y á quien no he vuelto á ver desde que vino á declararme quien era? —— Tomás Benk, respondió

el Rector, es un simple labrador, que salvó á Belly de la voracidad de un incendio: á esto se reduce todo: ¿pero este hombre ha tenido atrevimiento para suponerse padre de Belly? ¡infame! ¡sin duda fué sobornado por algun enemigo de la desventurada jóven! ya no está en mi pueblo este hombre: dos meses ha que no se sabe de él.

La Herbert, que habia temido las resultas de esta averiguacion, se tranquilizó al oir que su cómplice no podia ser preguntado; y tomó el partido de lamentar sobre la suerte de Belly, diciendo: ¡yo

lo hubiera jurado! ¡la conocia demasiado para no creerla inocente y virtuosa! ¿Qué monstruos son los que la han perseguido, sumergiéndonos á todos en un abismo de males? En efecto, estas cartas de Belly á Benk nada dicen, pues solamente contienen expresiones de gratitud, y no de dependencia natural: ¡Dios mio! ¡Es posible que tan cruelmente nos hayan engañado!

Si era fingido el dolor de la Herbert, la desesperacion de Clarins era demasiado real. Juraba que descubriria los traidores que habian causado la ruina de su esposa y la de Enrique; y su hermana

recogia todas sus expresiones para acudir al remedio. El Rector, satisfecho de haber purificado el honor de los dos primos, se volvió á su lugar; y la Hebert se dedicó á investigar secretamente qué era de Dric, Frank, y el jardinero que habian contribuido á sus crímines. Dric y Frank, ricos con los regalos que habian recibido, se habian expatriado; pero el jardinero aun se mantenia en las cercanías de Surrey, por lo que no sabiendo esta malvada evitar que este traidor fuese descubierto por Clarins, no halló otro recurso que el de dexar la Inglaterra. Persua-

dió pues á Clarins á que se retirase á Francia, evitando que la patria le renovase continuamente tan dolorosas memorias, que arruinasen su salud, que cada dia iba decayendo. Convino Clarins, y se pusiéron en camino, llevando en su compañía á la pequeña Belly, resto hermoso de su desgraciada víctima. Tenia Clarins amigos establecidos en Puy, capital del Velay, en las Cevenas; y eligió este asilo para sepultar en él su vergüenza y sus remordimientos. Siempre dominado por su hermana, siempre esclavo de sus caprichos, y siempre en fin juguete de la falsa amistad,

enfermó de muerte Clarins; pero ántes de espirar llamó á la jóven Belly, la contó las desgracias que habian acompañado á su nacimiento, y la añadió: el Rector de Forshire justificó que Enrique era tu tio, pero no pudo destruir en mi espíritu las sospechas de la infidelidad de tu madre. No eres mi hija; pero te he adoptado y educado como si lo fueses. Vive con mi hermana, y mírala como á tu segunda madre. Yo te mando que nunca te apartes de ella, y que en todo la obedezcas: este es el único medio de que corresponda á lo mucho que he hecho por tí;

y confiado en tu sumision, baxaré al sepulcro con ménos sentimiento.

Lloraba la tierna Belly; y la Herbert agradecia á su hermano la autoridad que la transmitia, y de la que se proponia abusar enteramente; y Clarins espiró sin saber los atroces crímines de su perversa hermana, la qual permaneció en Puy; pero se separó de los amigos de su hermano, y se dedicó al retiro y devocion, á lo ménos en la apariencia. Creció Belly, siendo siempre objeto, como lo habia sido su padre, de los caprichos de esta muger imperiosa. Un dia

que la Herbert estaba en la Iglesia, y que Belly no habia podido acompañarla, quedó esta jóven atónita de ver entrar en su quarto una anciana, que la dixo: seguidme, hija mia: venid á tranquilizar una alma próxîma á desamparar el cuerpo de un miserable pecador.

Sorprehendióse Belly al oir tan extrañas razones, y temió alguna traicion. Sin embargo el tono de dolor y de verdad, y al mismo tiempo la fisonomía respetable de la anciana la inspiráron confianza; y la siguió hasta el quarto piso de una casa situada en el arrabal de la ciudad, donde efectivamente halló

á un hombre tendido en una pobre camilla, y casi espirando, el qual en voz baxa preguntó á la anciana: si aquella jóven era mistris Belly Clarins. Yo soy, amigo mio, le respondió Belly, ¿qué teneis que decirme? —— Perdonad, señora, si os he incomodado; pero yo queria manifestaros todos mis crímenes y los de vuestra tia, sin que ésta lo supiera. —— ¿Los crímenes de mi tia?... —— Sí señora, escuchadme: yo me llamo Dric, y en otro tiempo fuí criado de Enrique vuestro tio; yo he contribuido á su funesta muerte, y me he refugiado á Francia; pero nunca he logrado

una hora de sosiego : atended.

Refirió entónces Dric á Belly todo el por menor de la conducta de su tia respecto de su hermano, de Enrique y de su prima; y en una palabra, la contó quantos hechos dexamos referidos, de todos los quales se hallaba instruido, tanto por la Herbert, quanto por Franck y el jardinero con los quales habia tenido amistad. Dió por escrito pruebas de todo quanto decia; y acabó su narracion con estas palabras: ya, señora, moriré mas tranquilo, pues que he podido ver á la sobrina de mi amo, que conocí en la cuna, y la he

confesado los crímenes atroces que he cometido instigado por la muger mas mala del universo. Yo os pido perdon por la hora en que estoy, que es sin duda la de mi muerte.

Belly, despues de haber consolado á este delinqüente arrepentido, volvió á su casa; y se puede conocer fácilmente la ira que habria concebido contra la Herbert. Volvió ésta de la iglesia y halló á su sobrina anegada en lágrimas, y la dixo. — ¿Qué es lo que tienes? — ¿Qué tengo?... ¿y teneis valor para mirarme? — ¿Pues yo qué he hecho para?... — ¿Qué habeis

hecho? ¿conoceis estas cartas escritas á Dric, Frank y otros malvados?... — ¡Cielos! por quien... ¿cómo han llegado á tus manos?

Entónces Belly la refirió todo lo que habia sabido de Dric; y acabó llenándola de improperios. Lloró la Herbert, se arrancó los cabellos, suplicó á su sobrina que la perdonára, y la prometió retirarse á un cláustro á expiar sus crímenes; y queriendo empeñar á Belly á que siguiese tambien esta resolucion; la añadió: allí, sobrina mia, llorarémos, yo las maldades que he cometido, y tú la desgracia de un nacimiento acompañado de tantos crímenes.

Protestó Belly que no queria pasar su juventud en un encierro; pero era tan apocada, tan dócil, tan tímida, y su tia la habia llegado á dominar de tal manera que no pudo resistir mucho á las instancias de una muger, á quien veneraba sin embargo de sus atrocidades, y á la que veia expuesta á los efectos de la mayor desesperacion. Ademas de esto se hallaba en pais extrangero, y no conocia amigos ni parientes en el mundo: ¿qué haria separada de su tia? Tuvo pues la bondad de consolar á ésta, y prometerla que cumpliria la última voluntad de su padre, no abandonándola nunca.

Esto era lo que queria la artificiosa Herbert, que no se habia confesado culpada si no para conmover á su sensible sobrina y conservar sobre ella toda su autoridad. Habiendo pues esta muger malvada reducido á dinero todo quanto poseía, salió un dia con su sobrina de Puy, con objeto de viajar, y en realidad con la idea de buscar un convento proporcionado para sus proyectos. Tuvo noticias de la ermita de San Leonardo, y quiso retirarse á sus subterráneos, y con ella á su sobrina para tener alguno á quien atormentar; pero no logró verificar sus ideas por el descubrimiento

de las maldades del ermitaño, que ya dexamos referidas; y Belly tuvo la satisfaccion de ver que la venganza del cielo castigaba los delitos de su tia con un encierro perpetuo, castigo mas cruel para ella que la misma muerte. Vivió, pues, encerrada quince años; y para mayor tormento suyo supo que casada conmigo su sobrina disfrutaba las delicias del matrimonio y juntamente todas las comodidades de la vida al lado de un esposo que la amaba con la mayor ternura, y vivia encantado de sus apreciabilísimas qualidades.

TARDE XL.

LA FRAGILIDAD HUMANA.

Fin de la historia de Mr. Delacour.

La lectura del manuscrito hizo profunda impresion en los hijos de Palemon, á los quales hasta ahora se habian presentado exemplos solo de virtud, y modelos de probidad. Ahora se les pintaba un monstruo exêcrable en Madama Herbert; y no podian penetrar cómo es que exîsten entes tan malvados y pérfidos, que persigan

con tal furor sus semejantes, procurando su ruina con todas sus fuerzas. ¡O Dios mio! exclamó Adela: ¡qué muger tan perversa! ya desde su primera escena en la ermita presumí, que seria de carácter altivo é insoportable, pero no me podia figurar tan bárbaras atrocidades. — Bien se puede hacer un drama, decia el poeta Leon; pero Julio le dixo: ¡qué maldita obra saldria! Amontonar unos sobre otros crímenes desconocidos á la sana parte de la sociedad, y dar á esto un colorido muy fúnebre ¿es empresa digna de un hombre sábio y juicioso? Presentarias en la

escena un monstruo que á nadie corregiria ; la atrocidad del quadro haria que ningun espectador viese en él su retrato ; y solo serviria para subministrar medios de consumar sus crímenes á los que, como la Herbert, tuvieran disposiciones para ser traidores y vengativos. No, hermano mio ; esta historia solo sirve para que grabándola en nuestra memoria, nos preservemos de las traiciones de los malos, y no seamos neciamente crédulos y confiados. Nunca olvidemos tan importante historia para que nos sirva de guia en los tortuosos senderos de la ex-

periencia, y nos enseñe á desconfiar de los hombres, y mas de aquellos que mas adulan nuestros gustos y nuestras pasiones.

Convino Armando en que Julio tenia razon; y Palemon, que habia oido una parte de esta conversacion, quedó muy satisfecho de la penetracion y discernimiento de Julio. Ya hacia tiempo que conocia en este jóven un juicio recto y un corazon excelente, y por tanto le amaba como si fuese su propio padre, y se prometia llegar á serlo algun dia casándole con su hija, la que tambien crecia en gracias y virtudes. Con és-

ta y con los demas se reunió en el terrazo á la hora acostumbrada, y Mr. Delacour dió fin á su historia de esta suerte.

Despues de haber oido de la misma señorita la relacion de los sucesos que os leí ayer, se duplicó mi amor para con ella. Mi tió quedó tan enternecido que estrechó en sus brazos á la amable Belly, llamándola su querida sobrina. Avergonzóla este dictado, y yo tuve la mayor satisfaccion; pero Belly se hallaba sin bienes, porque su tia los habia prodigado para seguir sus ideas; y los que sacó de Puy habian parado

en poder del ermitaño, que es decir se habian perdido; y esto la hacia desconfiar de que yo fuese su esposo. Sí, amigos mios, me amaba esta muger encantadora, y no se atrevia á confesarlo temiendo pasar plaza de interesada, y para no empeñarme en una pasion que en su concepto no podia sellarse con una union legítima. De este modo su delicadeza refrenaba su amor, y la hacia mas amable á los que sabiamos apreciar este bello modo de pensar. Resolví terminar de una vez mis tormentos y su inquietud; pero ántes me aconsejé con

mi tio, el qual, sensible como yo, y habituado á contribuir con todas sus fuerzas, á mi felicidad, consintió en todo; pero quiso encargarse de participar esta feliz noticia á mi querida. Hallándola pues un dia sola en el jardin, y entregada á la mas profunda melancolía, se acercó á ella, y con el tono mas dulce y expresiones mas blandas, la dixo: ¿qué téneis, hermosa Belly? ¿ha tenido alguno de esta casa la desventura de desagradaros faltando al respeto que os es debido? ¿os falta algo que pueda contribuir á vuestra felicidad? — ¡Ah, señor! —

Habladme con absoluta confianza; desahogad conmigo vuestro corazon. — Señor, nada hay que pueda aumentar mi gratitud, que vuestros beneficios han hecho eterna. — ¿ Con que nada mas deseais? — Nada, señor, nada; ¿y qué podria pretender mas una huérfana, que no tiene parientes, bienes, ni apoyo alguno? — A todo puede aspirar una muger que, como vos, reune en sí virtudes, hermosura y delicadeza: no hay destino que no merezca. — Sin embargo, hay un destino á que no puede aspirar.... ¡ Ah señora!... ¡ si yo me atreviese á comprehender...

pero no, no es posible.... ¡ terrible cosa es verme en la precision de ver desgraciado tambien á mi sobrino, sin que se atreva á quejarse, ni... — ¿ Pues qué, vuestro sobrino es desdichado? ¿ quién hace felices no logra serlo? —— Vuestra felicidad, Belly, tal vez no depende de él; pero la suya puede muy bien ser obra vuestra. — ¿ Cómo?.... ¿ yo podria?.... hablad por Dios, hombre respetable; ¿ qué puedo yo hacer para ese efecto? —— Una cosa, que acaso pudiera depender de vos, pero acaso no. — Todo, todo depende de mí, tratándose de que vues-

tro sobrino sea dichoso : decid, ¿ seria preciso?... —— Amarle ; nada mas. — ¡ Amarle ! ¿ puedo aborrecer á mi libertador ? —— Nada hacemos con que no le aborrezcais, si no consentis en ser su esposa. —— ¡ Ah señor ! yo le amo con todo mi corazon ; y esta es la única causa de mi tristeza. Mi situacion... sin bienes... —— ¡ O mi amada sobrina ! venid, venid á confirmarle vos misma esta preciosa declaracion, y su dicha y la mia serán completas.

Levantóse Belly, dió la mano á mi tio para seguirle; pero yo no estaba léjos, y habia oido

el final de su conversacion, por lo que presentándome y poniéndome á los pies de mi querida, exclamé: ¡ó dulce amiga mia! ¿con que serás mi esposa? Precisóme Belly á dexar esta actitud de humillacion, me levanté, la estreché en mis brazos; y mi tio, testigo de tan tierna escena, derramaba abundantes lágrimas. Sin perder ni un minuto se dispuso todo lo necesarío para nuestro casamiento, que se celebró en la iglesia de la próxîma aldea; y desde esta época pasé con mi amada esposa ocho años de felicidad no interrumpida sino por la muerte de mi tio, que

nos causó el mas vivo dolor. Este hombre generoso acabó su carrera recibiendo las atenciones, cuidados y sentimientos de dos personas que le amaban mas que á un padre. Yo le habia conocido poco tiempo, pero su conducta para conmigo fué la mas franca y amorosa; ¡con quánto gusto recuerdo á cada instante los favores que me hizo, y la confianza y ternura que me manifestó! ¡apreciable y benéfico anciano! recibe en tu sepulcro estas lágrimas de dolor que á pesar de tantos años consagro siempre á tu memoria. Yo he llegado á una edad mas abanzada y débil que la tuya, y

te bendigo y siento tu falta. Así los muchachos, quando llegan á ser hombres, se acuerdan de los que los han querido, y los han educado con prudencia, bondad y dulzura. Así vosotros, hijos mios, llorareis un dia á vuestro anciano padre. No exîstirá, solo os quedará su memoria; y entónces sentireis no haber disfrutado mas largo tiempo el embeleso de su conversacion y de sus tiernos abrazos.

Al oir esto, Julio, Adela, Armando y Leon se levantáron como impelidos de un sentimiento espontáneo, y se arrojáron en los brazos de su padre, que los estrechó

en los suyos, y los envió á su amigo á quien tambien abrazáron con toda la efusion de sus almas: ¡escena tiernísima, que manifiesta la sensibilidad y excelente corazon de todos los actores! Mr. Delacour prosiguió luego su narracion de esta manera.

Ocho años se habian pasado sin haber tenido la satisfaccion de ver fruto alguno de nuestros amores; pero un dia mi esposa me dixo que ya era madre, y esta noticia me causó un placer indecible. Esperaba con impaciencia el momento que me asegurase la paternidad: ¡momento fatal!

pues fué causa de que perdiese á un mismo tiempo los dos objectos mas dulces de mi ternura. La criatura habia muerto en el seno que debia vivificarla; y su desdichada madre no pudo resistir los dolores de un parto dificil. Yo me hallé en la mas espantosa soledad: mi casa, mis posesiones, todo se me hizo insípido. Resolví dexarlo todo, y viajar para distraerme. Vendí quanto tenia; y con la cantidad de doscientas mil libras, determiné ir primeramente á París, donde nunca habia estado; pero la fuerza del dolor habia debilitado demasiadamente mis órganos; y den-

tro de mí mismo llevaba él germen de la enfermedad, y tal vez de la muerte: de modo, que en la ciudad próxîma enfermé tan de peligro, que al instante me desahuciáron los médicos. En tan desesperada situacion, las gentes que me rodeaban me aconsejáron que tratase de arreglar las cosas de mi alma, pues para el cuerpo no habia remedio. Como habia tenido buenos principios religiosos, abracé con resignacion mi muerte, y mandé llamar un sacerdote para confesarme y disponerme para la eternidad. Vino para este efecto un religioso franciscano, varon de sin-

gular virtud que me consoló en gran manera. Como no tenia parientes, dixe al confesor que hacia ánimo de dexar quanto tenia al convento; pero se opuso con la mayor firmeza á este proyecto, encargándome que en caso de distribuir mis bienes, lo hiciese entre los pobres mas necesitados, aconsejándome ó fiando este cuidado al Párroco y la Justicia de aquel distrito. Admiré su verdadero zelo y grande desinteres; y prometí á Dios que si recobraba la salud, daria una crecida suma al primer indigente de providad que se me presentase. Desde este mo-

mento se fué aliviando mi situacion ; y , ó bien por la fuerza de mi temperamento , ó por el mucho cuidado que de mí tuviéron , me fuí restaurando poco á poco ; y me hallé dentro de un mes en estado de salir y continuar mi proyectado viage. Pasando por estos campos cumplí mi promesa , haciendo al virtuoso Palemon , jóven entónces y necesitado , un favor que ahora me paga de un modo... pero veo que su modestia padecerá con las muestras de mi gratitud ; y así paso rápidamente sobre esta circunstancia de mi historia , la que continuaré desde mi llegada á París.

Siempre triste, y siempre padeciendo, recorrí esta vasta capital; y luego pensando en hacer fructífero mi dinero, le puse en el comercio. Mis negocios prosperaban, y empezaba á satisfacerme del partido que habia tomado, quando segunda vez vino el amor á perturbar mi razon, y prepararme nuevos infortunios. Ví en la comedia, adonde casualmente habia ido, una jóven muy parecida á mi malograda esposa. Sorprehendido de tan extraordinaria semejanza se me oprimió el corazon; pero no es extraño, pues á no haber visto á mi esposa espi-

rar en mis brazos, hubiera creido que lo era aquella jóven. La curiosidad me obligó á seguirla acabada la comedia, y supe que vivia con su padre, negociante del arrabal de San Dionis. Contento con este simple descubrimiento volví á mi casa, pero no pude dormir; y al dia siguiente me fué imposible resistir al deseo de ver á esta hermosa muger. Fuí pues á su tienda; y baxo el pretesto de comprar varias cosas, tuve tiempo para exâminarla. Era de la misma estatura que Belly; tenia sus mismas facciones, aunque algo ménos perfectas. Amelia (así se llamaba) ten-

dria como unos veinte y cinco años; y su padre y un hermano mayor eran toda su familia. Así lo supe en la vencidad de su casa; pero reflexîonando sobre la causa que me obligaba á estas acciones, me estremecí pensando que seria capaz de olvidar á Belly para entregar á otra la mano y el corazon que aquella habia poseido. Esta reflexîon contuvo mis impulsos; y tuve firmeza bastante para vivir retirado en mi casa seis meses, y huir de los lugares públicos donde pudiese encontrar á aquella muger preciosa, cuyo principal mérito para mí era su semejanza con

mi difunta esposa. Salia pues muy poco; y aun así jamás iba por el arrabal de San Dionis, huyendo do toda ocasion de verla.

Esta reserva, en vez de apagar mi pasion, la aumentó; pero con todo resistí todavia otros seis meses. Pasando tanto tiempo, dixe para mí: á la hora de esta regularmente mi querida estará ya casada, con que será una locura el procurar verla, pues esto de nada puede servirme. Sin embargo, por un efecto de curiosidad, resolví un dia averiguar si la hermosa Amelia se habia casado. Entré en su tienda, y no hallándola

en ella, experimenté cierto sentimiento que no acertaba á reprimir. Pareciéndome malogradas ya todas mis esperanzas, me reprehendia interiormente de haber permitido que pasase á otras manos este tesoro que era esencial para mi felicidad. Su hermano era el que me presentaba los varios géneros que pedia; y temblando, le dixe: sin duda estará ya casada la señorita. — No señor, todavia está soltera; pero tardará muy poco en casarse, porque entre quatro ó cinco personas que solicitan su mano, será preciso que la eleccion se haga mañana. — ¡Ma-

ñana!... ¡mañana se compromete! ¡ó cielos!...

El mozo, admirado de mis exclamaciones, me dixo sonriéndose: caballero, no digo que mañana quedará comprometida, pero lo temo; á no ser que ella deseche todas las proposiciones.

Al momento, sin preguntar mas ni detenerme en otro exámen, con una volubilidad de lengua que solo puede inspirarla el amor, dixe al jóven: señor, señor, yo solo, yo solo soy quien debe ser su esposo. Tengo tres mil libras de renta, el comercio me produce mas de veinte mil, soy libre,

y la adoro: yo solo debo ser su marido. ¿Dónde se halla vuestro padre? ¿está en casa? Necesito hablarle inmediatamente para que este asunto quede terminado al instante.

Considérese ¡quál seria la sorpresa del jóven, que á lo mas me habia visto tres veces en un año, al encontrar en mí un pretendiente de la mano de su hermana, sin conocerme ni haberme visto obsequiarla! No sabia si debia reirse de mi repentina pretension, que le parecia extravagancia, ó si tomarla con seriedad; pero viendo llegar á su padre, le dixo, como

en tono de chanza: señor, aquí está este caballero que hoy mismo, sin falta, quiere casarse con mi hermana.

No hice caso de esta especie de ironía; y repetí al anciano mis pretensiones, diciéndole mi nombre, mi estado y mis facultades. Tenia este hombre una flema imponderable, y trataba todos los asuntos con mucho peso. Hízome repetirlo todo, y luego mandó callar á su hijo que de quando en quando me dirigia algunas expresiones irónicas. Al fin, despues de haberme preguntado como habia conocido á Amelia, y oido con

mucha frialdad toda mi relacion, me pidió pruebas de quanto habia dicho. Por felicidad tenia conmigo cartas y letras de comercio, y se las manifesté. Hizo algunos gestos, que no pude comprehender si eran producidos por la estimacion ó el desprecio; y despues de un rato de silencio, me dixo: ántes de todo debeis saber que yo no puedo dar nada á mi hija, porque mi comercio no es de los mas felices, y lo poco que tengo lo guardo para mí y mi hijo. A esto respondí: señor, yo nada pido; ni quiero mas que la mano y el corazon de vuestra hija.

Entónces el anciano mandó llamar á su hija, á quien dixo: mira á este caballero, hija mia; ¿te gustaria para marido? — No tengo el honor de conocer... necesitaria algun tiempo para juzgar si el carácter... — Aquí no se trata de eso: lo que yo únicamente quiero saber, es si tu corazon está libre, ó si entre quantos te pretenden estás decidida á favor alguno. — Qualquiera de ellos, padre mio, será, si lo exîgis, dueño de mi mano; pero mi corazon está enteramente libre. — ¿Hablas con sinceridad? — No sé mentir. — Pues bien: dentro de dos dias te

casarás con el señor.— Pero, padre...—— No hay pero que valga; yo tengo mis motivos; y este es el mejor de quantos partidos se te proporcionan. Solo necesito un dia para informarme; y si, como no dudo, todo es conforme á lo que este caballero ha dicho, será tu esposo. Entretanto dí á Margarita que ponga un cubierto mas, porque quiero que coma con nosotros.

Amelia hizo una tímida cortesia, y se fué á cumplir la órden de su padre. Yo, transportado de alegría, hice mil extravagancias: abracé al anciano dándole el tí-

tulo de padre, y de hermano al jóven, que aunque estaba aturdido de semejante escena, no dexó de prorumpir él algunas carcaxadas; pero su padre, siempre frio y serio, con una severa mirada le obligó á que fuese mas circunspecto.

Llegó la hora de comer; y me hiciéron sentar junto á la jóven, que mirándome como á su futuro esposo, procuró con la mayor delicadeza conocer mis inclinaciones y mi carácter. Puedo decir sin vanidad que este exámen resultó en mi favor: pues al postre se mostró mas tranquila y mas con-

tenta de la suerte que esperaba; y aun tuvo la bondad de darme á entender que las órdenes de su padre podian muy bien conformarse con su corazon; y así nos separamos recíprocamente satisfechos.

Sin embargo, su hermano, que me miraba como á un loco, se dió priesa á participar todo lo ocurrido á los amantes de su hermana, que eran amigos suyos y de su misma edad y poco juicio. Les dió mis señas y las de la casa en que vivia; y miéntras que se preparaba contra mí la tempestad mas horrorosa, pensaba yo en la rare-

za de mi suerte : pues habiendo despertado sin intencion alguna de casarme, por la noche me hallaba ya casi desposado. Era infiel á los manes de Belly por la misma Belly, porque la similitud de ésta con Amelia era el único motivo de haber empeñado de nuevo mi corazon. Extraño efecto de las pasiones humanas : ¡qué poco es necesario para trastornar todos nuestros proyectos de fidelidad y constancia.!

Despues de haber pasado una noche agitada con la multitud de reflexîones que me sugeria tan extraordinario suceso, quedé muy

atónito al ver por la mañana entrar en mi quarto un jóven, calado el sombrero, con una espada debaxo del brazo, el qual mirándome fieramente me dixo con altivez: caballero, creo que teneis bastante juicio para no querer escandalizar una casa: seguidme al campo, y me dareis allí satisfaccion. —— ¿De qué? ¿por qué motivo? yo no os conozco, y jamás os he insultado. —— Seguidme pues, y sabreis que me habeis hecho la injuria mas cruel, y que no puede lavarse sino con vuestra sangre.

Sorprehendido de tan inespera-

do desafio, tomé mi espada y me disponia á seguir á mi enemigo, quando entró mi criado y me entregó un villete concebido en estos términos: *Espero que dentro de una hora os presenteis en el bosque de Bolonia, donde hallareis un caballero que quiere satisfacerse de los agravios que le habeis hecho.*

Aun no habia acabado de leer este villete, quando recibí otro del mismo jaez, en que se me llamaba al bosque de Vincennes: en fin, otro jóven como el que me esperaba entró, y apretándome la mano, me dixo: sobre el baluarte del mediodia, detras de los Cartuxos,

me dareis satisfaccion del agravio que me habeis hecho.

Presumí que me hacian objeto de alguna burla, pero no podia comprehender el autor ni el motivo ; y dirigiéndome á mis dos campeones, les dixe: quatro desafios á una misma hora no pueden verificarse ; y pues que soy el desafiado, á mí me toca señalar las horas que me acomoden. —— No señor, contestó el primer guapo, yo quiero satisfacerme al instante. —— Pues yo tampoco quiero aguardar, repuso el segundo. Yo estaba tentado de llamar á mis gentes y echar de casa á los espada-

chines ; y tal vez lo hubiera hecho, á no entrar á esta sazon un personage que confundió á los dos heroes. Era el padre de Amelia, el qual apénas los vió dixo : ¿ qué veo ? ¿ Berville y Vertpré aquí, y armados ? ¿ qué significa esto ?

Los valentones al oirle tomáron la puerta ; y el anciano me dixo que estos y los autores de los otros dos villetes eran los pretendientes de su hija, los quales resentidos al parecer, de mi preferencia, habian formado el proyecto de asustarme y burlarse de mí. Mucha indignacion me causó esta noticia, y me

propuse escarmentar de tan buena gana al primero que se me presentase, que no la tuviesen los otros de exponerse á igual suerte; y la casualidad me preparó la ocasion en la misma noche: pues retirándome de en casa de mi novia encontré al primer jóven que se habia presentado en mi quarto. A su pesar le llevé á una callejuela aislada; y digo á su pesar, porque advertí que él temblaba. No estaban allí sus tres camaradas, que sin duda debian haberse unido con él por la mañana, para que si yo tenia la imprudencia de seguirle, me embistiesen á un tiempo los quatro.

Eché pues mano á la espada, y tuve la desgracia de tenderle á mis pies, bañado en su sangre. Me baxé para socorrer á este infeliz; pero advertí que estaba muerto, y no pensé mas que en ponerme en salvo. ¡Qué aturdimiento en mi edad! ¡Comprometerme con un muchacho, y matarle! ¡triste conseqüencia de las pasiones! Huí pues del sitio, y entrando en mi casa, recogí todo lo mas precioso; escribí luego todo lo acaecido al padre de Amelia, suplicándole que se encargase de mis asuntos; y baxo de otro nombre me retiré á una aldea no muy distante, des-

consolado de que este incidente retardase mi casamiento. En fin el tiempo, que todo lo compone, hizo que este asunto se terminase favorablemente; y volviendo á París, tuve mucha satisfaccion de ver que durante mi ausencia, mi suegro habia tenido muy grande cuidado de mi comercio. Me casé con Amelia, y me avine bien con todos sus parientes, ménos con su hermano que nunca me perdonó el haberle privado de un amigo y compañero de sus desórdenes. Murió mi suegro; y su hijo cargó con toda su tienda, y logró hacer un casamiento muy ventajoso. Estuve mu-

-cho tiempo sin tener hijos ; pero despues tuve cinco , de los quales Enriqueta es la mayor. Todo me salió bien , hasta que una grave enfermedad me conduxo por segunda vez á las puertas del sepulcro. Mi esposa , enferma tambien , no podia reemplazarme en los asuntos de la casa , por lo que dimos poder á su hermano , quien se encargó de unir al suyo nuestro comercio. Murió Amelia , cuyo accidente agravó mis pesares y prolongó mi enfermedad. Al fin me restablecí para experimentar lo mas fatal que podia sucederme. Mi criminoso cuñado acababa de hacer una quiebra

fraudulenta, y me habia llevado todo, dexándome solo con los vestidos que tenia puestos. ¿ Qué habia de hacer hallándome muy anciano, enfermo, arruinado y con cinco hijos de corta edad? Bertier, con quien contraxe amistad desde que me establecí en París, tuvo la humanidad de recogerme en su casa, donde volví á enfermar. Durante el curso de esta última indisposicion, exâminando mis papeles halló mi amigo una nota de mi mano que referia el bien que tuve la felicidad de haceros, virtuoso Palemon; y en conseqüencia, sin saber yo nada

cometió la indiscrecion de participaros mi situacion. Al momento vinisteis á socorrerme; y ahora feliz y sosegado en el asilo que me habeis concedido, recuerdo mis pasadas desgracias como el marinero se acuerda de una tempestad desecha, de que há tenido la fortuna de salvarse. No tengo, dulce amigo, otro deseo que el de ver felices á mis hijos, y particularmente á mi Enriqueta, porque los demas al fin son varones, y podrán proporcionarse su fortuna si siguen el camino de la virtud. Sí, Enriqueta mia: tú que con tu amor filiar has sabido dulcificar mis ma-

les desde la muerte de tú madre, eres el principal objeto de mis cuidados. Recibe mi bendicion : y la felicidad señale en adelante todos los instantes de tu vida. Despues de tu padre, no te queda en el mundo sino este amigo generoso, y estos compasivos muchachos, que heredan las virtudes del autor de sus dias. Procura ganar y conservar su amistad por todos los medios que una eterna gratitud debe inspirarte. La justa correspondencia que se debe dar á los beneficios es lo que los hace legítimos : pues faltando el agradecimiento, no exîstirian en el

mundo la tierna amistad y la dulce beneficencia.

Así acabó su historia Mr. Delacour ; y los muchachos casi se enfadáron de que se hubiese finalizado tan pronto, á pesar de que habia sido larga y los habia entretenido varias tardes ; pero las historias que interesan, por largas que sean, siempre parecen cortas, y dexan que desear al que las escucha. ¡ Dichoso autor el que, léjos de cansar á sus lectores con fastidiosas narraciones, les hace decir al fin de su libro : lástima es que no tenga mas tomos ! Esta es la suerte que yo deseo, acaso sin

razon; pero qualquiera que sea la opinion que se forme de esta obra, quedaré suficientemente recompensado de haberla emprendido, si los padres de familias agradecen mis intenciones, mi plan, y la moralidad que procuro incluir en las breves historias que refiero. La estimacion de las gentes de providad es seguramente la mayor recompensa de los literatos. Esta sola es la que apetezco, y la que siempre procuraré merecer en todas mis producciones. En fin, los muchachos diéron mil gracias á Mr. Delacour por lo mucho que los habia divertido; le hiciéron mil

promesas de amar siempre á Enriqueta como si fuera hermana suya; y toda la familia se retiró á descansar.

TARDE XLI.

EL RIGOR.

El molinero terrible.

Este dia era de descanso. Reunió pues Palemon á sus hijos desde la mañana, y les dixo: amigos mios, he mandado á Marcela que nos disponga unos fiambres para que los comamos en el campo. Atravesarémos el bosque de los seis caminos, y comerémos en la llanada de los tres molinos, baxo de los sauces que riega un claro arroyue-

lo; y es preciso partir temprano, con que no hay sino prepararse.

¡Qué noticia tan agradable para nuestros jóvenes! Adela y Enriqueta subiéron al instante á su quarto á disponer su tocado. Ya querian agradar; y sin duda que les era permitido tener un poquito de coqueteria. Armando y Julio fuéron á buscarlas, y las hiciéron mil cumplimientos lisongeros acerca de su gusto en adornarse, y aun las ayudáron á poner algunas flores en sus cabellos. En tanto Leon estaba ocupado haciendo versos sobre los placeres del campo, se proponia que Enriqueta los cantase al

fin de la comida; y estaba enardecido, se paseaba, hablaba en voz alta, gesticulaba, y en una palabra, era un autor con todos sus accidentes. Palemon, que lo sabia y veia todo, se complacia mirando como el uno exercitaba su genio, en tanto que los otros pagaban á las gracias y á la hermosura el justo tributo de la admiracion. Estaba encantado el buen anciano, y se glorificaba de ser padre.

Prevenido todo, puso Marcela las provisiones en una cesta que colocó sobre un asno; montó en el manso animal, y se empezó la marcha. ¡Qué interesante era esta amable caraba-

na! Palemon y Delacour iban los primeros, apoyados en sus báculos y hablando de cosas serias, miéntras que Enriqueta, dando el brazo al tímido Armando, respondia ingenuamente á las preguntas que la hacia en órden al estado de su corazon. Junto á ellos Adela satirizaba graciosamente á su caballero Julio, sobre que no habia sabido hacerse rizos, y parecia un molde de peluquero. Leon caminaba separado pensando en su composicion, y descontento de un verso; trabajaba en afinarle, para perfeccionar una obra que habia de ser cantada por una boca hermosísima.

En fin cerrába este pintoresco quadro Marcela, clamando á cada instante contra el asno, porque se ladeaba á los ribazos para pacer la fresca yerba. Así era como nuestros amigos atravesaban el bosque de los seis caminos, y despues de andar tres quartos de hora se encontráron en la agradable llanura que les ofrecía una rica alfombra y una agua cristalina. Miéntras que los ancianos estaban sentados á la sombra, se trató de disponer un juego en que todos pudieran divertirse. Juguemos al *secretario*, dixo Leon; se pagarán prendas; y estas señoritas

no podrán escusarse de las sentencias.... ¿Al *secretario?* dixo Armando; ¿y cómo se juega?— Ahora lo verás: justamente traigo papel y mi lapícero.

Véase aquí á Leon que cortando un pliego de papel en pedazos pequeños, empezó á escribir. Todos esperaban impacientes el resultado de esta operacion; y luego que estuvo concluido, Leon en alta voz leyó uno de los papelillos que contenia lo siguiente:

Cleón es bueno, generoso, sensible, amigo del órden, de la justicia y de la humanidad. Nada hace sin motivo; nada emprende sin es-

tar seguro del acierto. Es amado de todo el mundo, y sus beneficios quedarán eternamente gravados en todos los corazones.

Ahora bien, amiguitos, decidme ¿qual es la persona que he querido pintar baxo el nombre de Cleón?

ARMANDO.

Es Mr. de Versevil, el señor del castillo.

LEON.

No: una prenda. (*Armando la paga.*)

ADELA.

Ese Cleón es papá.

LEON.

Tú lo has acertado: sí, es

papá; ¿no es parecido el retrato?

TODOS LOS MUCHACHOS.

Sí, sí.

LEON.

Ahora toca á papá ser el secretario.

Palemon, que tenia la bondad de prestarse á las diversiones de su jóven familia, sin detenerse á escribir, dixo:

Damon ha nacido sensible y bueno; su corazon es excelente; su juicio bastante sazonado; pero es algo severo en órden á los defectos agenos: dificilmente disimula á otros sus debilidades, y quisiera que nunca le arguyesen de ninguna. Algunas ve-

ces tiene un poco de vanidad; y su ambicion, poco reflexionada, no calcula conveniencias, lugares ni tiempos; por lo demas, es un sugeto que yo amo tiernamente.

¿Quién es este?

ADELA.

¿No es Julian el hijo de nuestro vecino?

PALEMON.

No: venga una prenda.

JULIO.

Es Leon.

PALEMON.

Otra prenda.

ARMANDO.

Pues será Julio.

PALEMON.

No por cierto: venga la prenda.

LEON.

Yo digo que es Armando.

PALEMON.

Y con efecto lo es.

Avergonzóse un poco Armando de los defectillos con que le dibujaba su padre; y tocándole su turno, tomó un papelito y escribió estas razones.

Cefisa es bella sin querer parecerlo; sus ojos tiernos y expresivos; su boca no se abre sino para decir cosas agradables; su corazon, formado por la virtud misma, tiene el candor y la inocencia de la naturaleza; y su

alma es pura como el cristal de estas aguas. Acaso Cefisa es insensible á los votos de todos los mortales; sin embargo ya es tiempo de que su corazon la hable, y se enternezca en favor del que reprime con pena el deseo de decirla: yo os amo. Cefisa tal vez oye suspiros; pero no corresponde á ellos.

¿Quién es esta Cefisa, amigos mios?

ENRIQUETA.

¿Que hay que dudar? es mi amada Adela.

¡Prenda! prenda! prenda! exclamáron á un tiempo todos los muchachos. Enriqueta baxó los ojos, se puso encarnada y pagó una pren-

da, que sin duda se alegraba de pagar, á favor de lo favorable del retrato.

Adivinó Palemon que Cefisa era Enriqueta; y ésta hizo el retrato de su padre, que fué adivinado por Julio; el qual pintó con un poco de sátira á Leon, que fué adivinado por Armando; y Leon dibuxó con los rasgos mas lisongeros á su hermana Adela, que fué adivinada por Julio. Alargóse el juego lo bastante para que todos pagasen prendas, que se depositáron en Marcela. Tratose luego de sortearlas, para lo qual cerró muy bien Marcela su delantal. Palemon, como el



Del campo en el verde asiento
Los hijos de Palemon
Muestran su satisfaccion
Con acorde movimiento:
Su padre les mira atento,
Y aumenta sus regocijos,
Que no hay placeres mas fixos
De la paternal ternura,
Que ver la alegria pura
De unos virtüosos hijos.

Ysf. Garcia de la grab.

mas imparcial, sacó la primera, mandando ántes, que si era hombre danzase una alemanda con la señorita que escogiese; y si muger, que hiciese lo mismo, eligiendo por compañero al que quisiera. La prenda era de Armando, con que al ayre de una alemanda que cantó Adela, bayló con Enriqueta, logrando entrambos repetidos aplausos.

La segunda prenda era de Adela, y debia abrazar al que mas quisiera: con que sin detenerse abrazó á su padre, que correspondió á esta fineza con la ternura mas viva. A Julio se le mandó poner

de rodillas hasta que hubiese una persona que intercediese por él, y lo hizo Adela. A Leon le intimáron que subiese á un árbol y cortase varitas para todos; y en fin la última prenda fué de Enriqueta, á quien se la impuso por penitencia que cantase alguna tonada. Dixo que no sabia versos nuevos; y oyéndolo Leon exclamó: por eso no quedareis libre; tomad estos y cantadlos sobre qualesquiera ayre. Enriqueta tomó los versos y con encantadora voz cantó el siguiente romance.

¡O quánto me gusta el campo,
en cuyo dulce silencio

ni enviadiado , ni envidioso
paso mis dias serenos!
Esparcidas mis ovejas
en los herbosos repechos,
en mi cuidado descuidan
de los lobos carniceros.
Juguetean en el prado
los corderillos traviesos.
y con mil topes y saltos
manifiestan su contento.
A mi lado los valientes
mastines estan durmiendo,
para velar por la noche
miéntras yo me rindo al sueño.
Porque miéntras dura el dia,
ó con artificio diestro
armo lazos en que caen

los paxarillos sinceros;
O en el caudaloso rio
las nudosas redes tiendo,
que saco despues cargadas
de muchos peces diversos;
O á la sombra recostado
de una encina antigua texo
de verdes juncos y mimbres
los canastillos pequeños.
En los quales á mi madre,
á mi tierna madre llevo,
los sabrosos naterones
de fresca salvia cubiertos.
Y quando declina el dia
á orillas de un arroyuelo,
coxo flores con que adorna
Silvia su cándido pecho.

Luego la honda desciño:
á su estallido al momento
se recoge mi ganado
y va mis pasos siguiendo.
Y cantando mis amores
con mi rústico instrumento
vuelvo á mi humilde cabaña
donde en paz dichosa duermo.
En esta tranquila vida
del tropel mundano léjos,
ni envidiado, ni envidioso
paso mis dias serenos.

Pareció muy bien á todos, y particularmente á Palemon, el romance de su hijo; y quando se hubiéron pagado todas las prendas, Mr. Delacour dixo que era ho-

ra de comer, por lo qual Marcela estendió sobre la verde yerva un blanquísimo mantel, y todos se sentáron á esta rústica mesa, en la qual lo mejor que habia era el apetito de los convidados. Pidiéron despues á Enriqueta que volviese á cantar los mismos versos, lo que hizo con la mayor complacencia, y con una gracia que embelesó á todos los oyentes. Gozosísimo estaba Leon al ver tan satisfecho su amor propio; y Palemon procuró excitar su talento con justos elogios. Sin embargo una reflexîon habia disminuido un poco el placer de los hijos de

Palemon, porque desde el sitio en que se hallaban, veian el molino de Mr. Roland, y aun oian el ruido de sus piedras. Suspiraban acordándose de que su hermano Benito estaba allí encerrado, y no disfrutaba como ellos el gusto de divertirse en su compañía y la de su tierno padre. Bien habia reparado éste que sus hijos habian estado mirando continuamente hácia el molino; y como penetraba sus sentimientos, se complacia de conocer su buen corazon y fraternal ternura.

Y una vez que he vuelto á hablar de Benito: miéntras que los

demas estan entretenidos cantando y baylando, quiero volver con mis lectores á este muchacho, á quien dexamos en poder de Mr. Roland; y tomar desde este pasage mi relacion para llegar al suceso mas venturoso para este niño.

Benito nada habia hecho el primer dia de su llegada á la habitacion de Mr. Roland, el qual le habia escusado el trabajo, atendiendo á su tristeza; pero á la mañana siguiente se le presentó con severo rostro, y le propuso el método del trabajo que habia de observar todas las horas del dia. Es-

estremecióse Benito; suplicó llorando á aquel hombre que á lo ménos le permitiese algunas horas de recreo; pero Roland le volvió la espalda, diciendo: esta no es la casa de vuestro padre; y si no me obedeceis sabré castigaros muy bien. Conoció Benito que estaba en poder de un extraño, y suspiró; pero su carácter áspero y duro, no cediendo á nada, le hizo cometer tantas faltas al cabo de algunos dias, que Roland le prometió un severo castigo, añadiéndole: todavia no me conoceis; aun no sabeis como yo corrijo las malas cabezas; disponeos para seguirme mañana, y os

llevaré á un sitio en que se han mejorado otros jóvenes tan malos como vos.

¿Qual seria el parage de que hablaba Roland? Benito, que á la verdad, nunca habia tenido licencia para salir de la sala que ocupaba, nada conocia de la extension del molino. Bien veía desde sus ventanas un edificio separado, y sabia que era perteneciente á Mr. Roland; pero al mismo tiempo le constaba que éste iba á dicho edificio solo con su criado, que era un hombron de terrible gesto, y nunca decia ni una palabra á Benito, el qual, para au-

imento de su terror, oia que de aquel sitio salian gritos lastimeros y confusos, pero ignoraba la causa. Sin duda era este el sitio de que le habia hablado Roland. Pasó una noche cruel; y á la mañana siguiente su severísimo maestro, cogiéndole de la mano, le sacó de la sala, mandándole que le siguiera. Obedeció Benito temblando, y salió al campo por primera vez. Aumentóse su miedo viendo que su conductor dirigia sus pasos hácia el fatal edificio que él miraba con ódio, tal vez por efecto de algun oculto pensamiento. Abrió Roland una puerta, y la volvió

á cerrar con mucho cuidado. Al instante llegáron á los atentos oidos del tímido Benito los gritos confusos de una tropa de muchachos. Llegáron á otra puerta, sobre la qual habia esta inscripcion: *Sala de ayuno para los muchachos rebeldes.*

Aquí es, dixo Mr. Roland, donde yo encierro á los discípulos replicones y desobedientes, y los tengo muchos dias ayunando á pan y agua. Dicho esto, abrió la puerta, y en una sala sin el mas leve adorno, vió Benito tres ó quatro muchachos vestidos de un paño tosco, flacos y macilentos,

disputándose un pan sumamente negro y un cántaro de agua, que estaban sobre una piedra enmedio de ellos; pero la aparicion de Roland les hizo retirarse huyendo á un rincon. Otra puerta interior llamó la atencion de Benito, porque encima de ella decia: *Sala de penitencia para los muchachos ociosos y glotones.*

Abrióse esta puerta, y quedó Benito atónito al ver unos muchachos casi desnudos, obligados á transportar y echar en una especie de pozo unas piedras enormes, que casi no podian sostener sobre sus hombros. Estos, dixo Roland, car-

gan ciento y cinquenta ó doscientas de estas piedras, segun la gravedad de su delito, y las echan en esta hondura, de la qual se vuelven á sacar. Si no cumplen, nada me importa; ahora vereis la nueva y mas penosa ocupacion á que los aplico: leed lo que dice sobre esa puerta que conduce á un sitio mas temible: *Sala de correccion para los envidiosos, orgullosos y duros de condicion.*

El aspecto de esta sala acabó de abatir el ánimo del pobre Benito: veíanse en ella varios muchachos atados de pies y manos con grillos y esposas, y las espaldas

desnudas, sobre las quales de hora en hora el criado del molino les sacudia tres ó quatro latigazos, ó mas segun la gravedad de sus crímenes. Estos, dixo Roland, no están aquí mas que uno ó dos dias. Sin embargo ved aquí uno que permanece ya ha cinco dias en esta sala, y temo que irá muy larga su prision, porque tiene un carácter obstinadísimo; siempre quiere tener razon, y atormenta á su anciano padre y á su hermano menor; pero creo que estará ya muy otro quando vuelva á su casa. Entónces Benito preguntó temblando, ¿hay mas salas? — No por

cierto; bien es verdad que tengo un subterraneo donde confundo y entrego á continuados tormentos á los que se inclinan al juego, al robo, y á todos los vicios vergonzosos que en lo futuro pueden deshonrar las familias de estos perversos; pero es inútil que los veais, porque el género de su castigo os causaria horror, sin seros útil, pues, á Dios gracias, no teneis los defectos monstruosos que ellos expian. Por ahora me contentaré con dexaros en la primera sala, donde están los muchachos indóciles. No hay remedio; es preciso conformarse y sufrir

como los demas. Benito lloraba, gritaba, se postró á los pies de Roland; pero nada pudo enternecer á este hombre feroz é inexôrable, el qual exclamó: ¡ vé aquí como son todos ! no pueden contenerse en casa de sus padres donde los miman y regalan, y luego quando están aquí, suplican y exîgen que se les perdone; pero nada de eso: los muchachos á quienes sus padres se ven precisados á separar de su compañía, es preciso que me obedezcan ó que sean castigados.

Prometió Benito que seria dócil y aplicado; pero no fué oido.

Todas las puertas se cerráron, y quedó en la primera sala entregado al mozo del molino que, á pesar de su resistencia, le desnudó y le puso el fatal y tosco buriel. Hecha esta diligencia desapareció su verdugo, y no vió mas que á los tristes compañeros de su infortunio. Clamaba, lloraba, é imploraba en su auxîlio á su padre y sus hermanos que no podian oirle. Los otros muchachos procuraban consolarle, y le ofrecian su racion de pan negro; pero Benito lo rehusaba todo, y decia, que ántes se dexaria morir de hambre. Continuaba en sus voces y gemidos; pero los otros le

aconsejáron que callase, si no queria que volviese el mozo del molino, el qual si los oia gritar ó jugar, entraba y los sacudia con el terrible látigo que siempre traia en la mano. — ¿Pero estos hombres son verdugos? — Por lo ménos nos tratan como si lo fueran; ¡ah! ¡por qué hemos incurrido en la indignacion de nuestros padres! ¡estabamos tan bien á su lado! si nos fuera posible volver á nuestras casas, ¡qué distintos seriamos! — ¿Pues qué no os podeis escapar de aquí? — ¿Escapar? ¡si por cierto! mira, mira esas ventanas tan altas y atravesadas de

rejas ; y lo grueso de las puertas : ¿ qué tal ? ¿ quién se ha de escapar ?

En efecto, vió Benito que era imposible huir de aquella estrecha prision, y renovó sus lamentables voces ; pero, ¡ ó Dios ! las puertas se abriéron, y se presentó el temible criado con un enorme látigo, que en su mano parecia la maza de Hércules. ¿ Quién grita? preguntó con voz tremenda ; y todos calláron. Retiróse aquel hombre ; y Benito convino con los otros en que toda queja era imprudencia ; y así reduxo todo su conato á registrar la sala, y exâminar si podrá esca-

parse. El era ingenioso, astuto y emprendedor. Advirtió que en otro tiempo habia habido en aquella sala una chimenea, que ahora estaba demolida; pero que en la parte superior el hueco solamente estaba cubierto con yeso. Todo esto reparó, y trataba de destruir esta especie de cerradura; ¿pero cómo se habia de manejar? No tenia escaleras, bancos ni cosa alguna que ayudase á su intento. Sin embargo discurrió un arbitrio, que aprobáron al instante sus infelices camaradas. Eran seis: tres se arrimarian y se encorbarian junto á la pared; dos subirian sobre las espaldas

de estos, y Benito se elevaria y apoyaria en los hombros de los últimos, y con el auxîlio de una piedra llegaria á hacer un agugero en lo ménos fuerte de la pared que cerraba el hueco de la chimenea. Así lo hiciéron; y con temor de que el ruido de la piedra hiciese venir al bárbaro azotador, trabajó Benito tanto con sus manos que en fin hizo una abertura suficiente para poder entrar por ella.

Pero luego se originó una disputa que no habian previsto, ¿quién se habia de escapar el primero y quienes habian de seguirle? Y los dos últimos, ¿cómo habian de ha-

cer ? faltándoles el auxîlio de las espaldas de sus compañeros. Esta reyerta estuvo á pique de destruir su proyecto, y por poco anduviéron á bofetadas; pero consideráron que de quedarse eran perdidos; porque se habia de advertir la abertura, su intencion habia de ser conocida, y sin remedio los meterian en el horroroso subterráneo. Benito pues, para no perder enteramente el fruto de su tentativa, propuso un medio de composicion, diciendo: á lo mas quatro podemos escaparnos; echemos pajitas y, como suele decirse, á quien Dios se la diere, San Pedro se la bendiga. Di-

cho y hecho : echáron suertes ; pero, ¡ó desgracia! á Benito le tocó el quedarse con otro compañero. Suspiró, se afligió, lloró sobre tan áspero destino, que le obligaba á pagar por los demas : pero no habia arbitrio, y se vió precisado á tomar su partido desgraciado. En fin el primero se arrimó á la pared, se encorbó, montó, y desde lo alto dixo á los demas que se hallaba en una especie de granero, por donde fácilmente podia salir al campo. Desapareciéron el segundo y tercero, dando con su fuga tres puñaladas en el corazon del pobre Benito, sobre cuyos hom-

bros subió el quarto, y desde lo alto les dió las buenas tardes á los que se quedaban encerrados. Acabada la operacion, estos dos muchachos se enderezáron, se miráron, y echáron á llorar; pero Benito, siempre inventor, propuso á su desdichado camarada un pensamiento nuevo. Nuestros amigos, le dixo, se han escapado sin mirar si en el granero hay alguna escalera, cuerda ó cosa semejante, por medio de la qual pudiésemos nosotros participar de tan buena suerte. Son unos egoistas. Mira, déxame subir sobre tus hombros; me parece que podré llegar á la abertura; y si

logro hallarme en el granero , veré si hay algo con que podamos ayudarnos; pero si no hallo nada baxaré á acompañarte : yo te lo juro por mi honor.

El otro no queria consentir; Benito le propuso echar suertes; aceptó el otro el partido ; y esta vez quedó nuestro Benito ſavorecido de la fortuna. Lleno pues de alegría, pero al mismo tiempo resuelto á cumplir su promesa, montó sobre la espalda de su compañero, y al cabo de mil esfuerzos logró colarse por la brecha. y llegó al granero ; pero nada halló , nada absolutamente. Las fuerzas le aban-

donaban ; registró por la ventana del granero , y advirtió que no habia cosa mas fácil que baxar al campo , pero habia prometido correr la misma suerte que su infeliz compañero , el qual temblando de verse solo , le gritaba : baxa , baxa, ¿ cómo no quieres baxar ? Benito estaba ya muy otro á fuerza de desgracias , su carácter en ocho dias se habia mejorado mas que en ocho años en casa de su padre. Así es que se resolvió á sacrificar su libertad al honor y á la delicadeza. Suspiraba viendo el campo sin límites , y las aves volando libremente; pero renunciando afligido la espe-

ranza seductora de su libertad, volvió al agugero. Cruzó sobre él lentamente una pierna, luego pasó la otra; y deteniéndose un brevísimo rato ántes de saltar á la sala, un monton de paja que hasta entónces no habia echado de ver y que estaba de tras de una puerta, fixó toda su atencion. Corrió á él, y quedó agradablemente sorprehendido de ver sobre la paja recogido un grueso cordel. Mira, mira, dixo á su compañero, ya tengo con que sacarte. Benito le echó un cabo de la cuerda, y le encargó que se atase fuertemente; pero de repente oyó abrir la puerta de la sala, á la que

creyó que venia sin duda el feroz criado de Roland, ó los dos juntos por lo qual, abandonando á su amigo, corrió á la ventana del granero, y por ella fácilmente baxó al campo y echó á correr quanto mas podia. Durante su carrera, se decia á sí mismo, yo no he podido hacer mas por librarle; me parece que nada pueden censurarme. Así iba coriendo y discurriendo; pero sin atreverse á volver atras la cabeza.

Tanto corrió y se fatigó tanto, que el temor de ser seguido cedió al fin á la necesidad de descansar. Se paró, miró á todas partes, á nadie descubrió, y con esto

se animó. ¿Pero adónde iría? ¿á casa de su padre?... esto le parece lo mejor, sí: irá á postrarse á los pies de este anciano severo, pero bueno y generoso; le hará la pintura del bárbaro en cuyo poder le ha puesto, sin saber acaso la extension de su crueldad, le dará una idea de aquellas horribles prisiones que seguramente no conoceria su padre: y al cabo le dirá: padre mio, sin duda no conoceis á fondo el carácter de Mr. Roland: es un monstruo, es un verdugo de los muchachos, los martiriza; y cree corregirlos haciéndoles padecer unos trabajos perjudiciales á su salud, y que lé-

jos de dulcificar han de irritar mas su carácter. Su padre le dirá: ¡yo no sabia tanto! Roland no me ha dicho que tenia cárceles, ni que atormenta así á los muchachos que se le entregan; y entónces su padre le perdonará, y recibirá en su casa, donde se proponia ser un modelo de sumision y docilidad.

Así discurria Benito; y es menester confesar que no le faltaba discernimiento. Se conoce que amaba á su padre, pues no podia persuadirse á que le hubiera entregado á Mr. Roland, á saber á fondo la crueldad de este hombre inhumano: pues aunque no ignoraba que su pa-

dre queria castigarle, tambien sabia que su intencion no podia ser la de sacrificar su juventud, y exponerle á que enfermase. Confiaba en la bondad de su padre; pero si por desgracia no quisiere admitirle en su casa, habia resuelto pedir limosna ántes que volver á la estrecha prision de que habia tenido la fortuna de escaparse.

En tanto que Benito caminaba y reflexîonaba, advirtió en una vasta llanura varias personas sentadas en las orillas de un arroyo á la sombra de unos frondosos sáuces, y aun oyó una voz que cantaba dulcemente. El pobre estaba casi muerto

de hambre y de cansancio : necesitaba reposar , y prefirió á su soledad el sentarse al lado de unas gentes, que sin duda le protegerian, si acaso Roland ó su criado viniesen en su seguimiento. He aquí pues á Benito que sin pensar en que estaba con un saco de tosco buriel, todo manchado, se dirigió en derechura hácia las gentes que veia sentadas, pero á quienes no podia distinguir. Estas, por su parte, quedáron atónitas viendo á un muchacho venir corriendo hácia ellas ; y este accidente suspendió su diversion y su alegria. Benito se acercó , distinguió los objetos , y temblando , exclamó:

¡ cielos ! ¡mi padre y mis hermanos! ¡ Benito ! exclamó tambien Palemon (porque él y su familia eran) , y Benito repitiéron todos á una voz. El muchacho se arrojó á los pies del anciano , que inundaba con sus lágrimas ; y éste le dixo : ¡ cómo! ¿vos aquí ? ¿ qué significa ese trage? Benito sollozando le contó lo que le habia sucedido, y el modo con que se habia escapado de la sala en que le tenia preso el feroz Roland. Todos se apasionáron en favor del fugitivo , y todos lloraban. ¡ Vos , padre mio , prosiguió Benito , ignorabais sin duda que este hombre tiene calabozos, cadenas,



Huyendo de la prision
Horrorosa que ha tenido,
Llega Benito afligido
A los pies de Palemon:
Allí alcanza su perdon,
Pues promete ser atento,
Docil, en nada violento,
Y en fin otro en adelante:
Porque persuade bastante
La leccion del escarmiento.

Ji[illegible] sculp.

látigos y todo género de suplicios!..
(*Palemon calla*) perdonadme ; recibidme en el número de vuestros hijos, yo os juro que en nada os daré que sentir nunca, nunca.

Palemon no le respondió ; pero sus hermanos y la amable Enriqueta le abrazaban é intercedian por él. El anciano Delacour tambien interpuso su mediacion ; y el padre, no pudiendo resistir á tantas instancias, abrió sus paternos brazos al pobre Benito, el qual, de contento, saltaba, corria, gritaba, lloraba y hacia mil extravagancias ; y luego, por decirlo así, recogió las migajas sobrantes de la comida. En fin, to-

da la comitiva, porque se acercaba la noche, volvió á la granja, donde Benito mudó al instante de trage. La cena fué alegre, especialmente para el fugitivo, que hizo los honores de la mesa, y recibió de todos mil testimonios de afecto.

Antes de recogerse Palemon dixo á sus muchachos: me parece que me habeis dicho que, miéntras yo estaba en París, habiais ido á hacer una visita al jóven Emiliano, cuya historia nos contó la buena Brígida; y que á nadie hallasteis porque estaban en la Corte, donde Emiliano habia encontrado á sus

padres. Este virtuoso jóven ha sabido vuestra atencion, y está muy agradecido: de modo que ahora poco he recibido una carta en que Emiliano y Brígida prometen venir á vernos dentro de dos ó tres dias, y contarnos lo restante de su historia. Conozco que esto pica vuestra curiosidad, como tambien la mia, pues deseo saber el fin de tan raros sucesos; y os participo esto porque sé que ha de agradaros. Efectivamente los muchachos se alegráron infinito; y llenos de impaciencia por la venida de Emiliano, creyéron que los dias se les harian siglos; pero con la esperanza de ver

satisfecha su curiosidad, se retiráron á dormir, que bien lo necesitaban, especialmente Benito que habia trabajado tanto aquel dia.

TARDE XLII.

LA DISOLUCION.

El mal padre.

Tenemos á Benito, por segunda vez, en gracia de su padre, y muy resuelto á no volver á dar motivo para ser desterrado de su casa, como que la leccion habia sido bastante fuerte. ¡ El malvado Roland! ¡ qué hombre! Refirió Benito á sus hermanos la mañana siguiente las extrañas crueldades de este verdugo de los muchachos:

todos se extremeciéron, compadeciéndose de Benito porque habia caido en las manos de un hombre tan cruel; y le aplaudiéron el valor que habia tenido para quebrantar su prision. Ignoraban que todo esto no era mas que una especie de comedia arreglada entre su padre y Mr. Roland: pues éste oyendo las quejas de Palemon en órden á Benito discurrió un medio singular para asustarle, y tal vez corregirle. Yo tengo, dixo á Palemon, junto á mi molino un edificio antiguo, casi arruinado, dividido en varias piezas. Juntaré en él varios muchachos, sirviéndome para esto

efecto, así de mis hijos como de los de mis amigos, y los instruiré en lo que deben hacer. Con este objeto Mr. Roland quando Benito quedó en su poder tenia ya arregladas las decoraciones necesarias auxîliado de su criado y de siete ú ocho jóvenes de las cercanías. En realidad las tres salas de penitencia no eran mas que una pura invencion, pero muy propia para hacer su efecto en el cerebro de Benito que se hallaba encerrado por la vez primera. Un muchacho estaba encargado de inspirarle la idea de escaparse é indicarle el mal cubierto cañon de la chime-

nea, si él no lo advirtiese. Era bien seguro que Benito haria todo lo posible para huir, y que lo conseguiria facilmente, como que nadie se lo impediria. Mr. Roland habia avisado á Palemon el dia que empezaba la pieza cómica; y Palemon con solo el objeto de ver llegar á su fugitivo hijo determinó comer con su familia en el campo, y en sitio que estuviese á vista del molino. No temia que Benito huyese á otra parte que á su casa, porque conocia muy á fondo su corazon; y aun quando el muchacho hubiese intentado dirigir sus pasos á otra

parte que á la granja, no habria podido alejarse mucho, porque el mozo del molino le espiaba todas sus acciones, estaba á caballo detras del edificio para correr tras de él y prenderle si tomaba algun otro camino. Estaba pues todo muy bien convinado para asustar y corregir al pobre Benito; todo habia salido á medida de los deseos de su padre; y este esperaba que su hijo se mudase, y abandonase, no sus vicios pues no los tenia, sino ciertas vivacidades que pueden perdonarse en cierta edad, pero que es preciso corregirlas para evitar su transcendencia.

Despues que Benito hubo contado sus desdichas á sus hermanos, estos en recompensa le refiriéron todas las aventuras de Mr. Delacour, de las quales solo el principio habia oido Benito. Así se pasó esta mañana, en la qual todo fué mutuas confianzas y caricias. A la tarde se juntáron en el terrazo sin objeto decidido; pero confiados en que Palemon ó su amigo harian el gasto de la conversacion y de sus diversiones. Apénas se habian reunido oyéron llamar reciamente á la puerta. Palemon, admirado de que á hora semejante viniese alguno á visitar-

le y que llamase con tan poco miramiento, mandó á Armando que acompañase á Marcela, que iba á abrir; y éste quedó aturdido, y aterrado Benito de ver entrar á Mr. Roland.

Mr. Roland era el diablo para Benito y para todos los muchachos. Se figuraban que su anciano padre trataria severamente á este importuno, reconviniéndole por la cruel conducta que habia tenido con su hijo; pero nada de eso: Mr. Roland fué muy bien recibido, y se le mandó sentar. ¿Vos sois, amigo mio? le dixo Palemon, ¿qué es lo que aquí os conduce tan cerca de

anochecer ? — Yo vengo, dixo Roland, lanzando una severa mirada á Benito que se estremeció, á pediros mi discípulo que se escapó ayer de mi casa, causando en ella un gravísimo desorden. — ¿De veras? — Sin duda; no se contentó con romperme las paredes y huir como un facineroso, sino que implicó en su insubordinacion á otros jóvenes que yo castigaba por algunas culpas, y que me han sido confiados por sus padres, á los quales no puedo presentarlos. Esto es lo que ha hecho: considerad ahora si merecen perdon tales desafueros.

Todos callaban ; y cada uno esperaba temblando la respuesta del padre , quien parecia que dudaba y no sabia que contestaría ; pero al fin Palemon se explicó de esta manera : siento infinito que mi hijo no se haya contentado con huir él solo , sin inducir á los demas á que imitasen su exemplo , turbando así el órden de vuestra casa. Su obligacion principal era esperar mis órdenes y procurar ganar vuestro afecto , en vez de excitar vuestra severidad ; pero le he perdonado , y quando empeño mi palabra no acostumbro á quebrantarla. —— ¿ Con que no me le volveis ?— Desde lue-

go creo que él no tiene mucha gana de seguiros; el aspecto de vuestras prisiones le ha espantado mucho; y á mas de eso, le he admitido en casa, baxo la promesa que me ha hecho de ser muy otro, y particularmente de moderar la aspereza de su carácter. — ¡Ve aquí como son los padres! echan á perder á la juventud; y los sugetos á quienes confian su enmienda, no pueden hacer nada. — Amigo mio, os equivocais: yo no echo á perder á mis hijos; los corrijo, pero siempre como padre. Yo no puedo olvidar este sagrado título, que me ordena ser mas in-

dulgente y sufrido que lo que se puede exîgir de un extraño. Si mi hijo se arrepiente de buena fé, si se propone firmemente corresponder á mi ternura con su docilidad, complacencia y dulzura, ¿por qué quereis que me complazca en sugetarle mas á la vara de hierro de que habiais empezado á hacer uso? No lo esperemos todo de la juventud: es inconstante y viva, pero se puede corregir. ¡Ah! seria preciso que mi hijo tuviese muy mal corazon para que no conociese el extremo con que le amo. Mr. Roland, jamas seré tirano de mis hijos, sino su mayor y mas

tierno amigo.—— A la verdad, que si yo hubiese tenido un padre como vos, no seria tan infeliz, ni la desgracia hubiera agriado tanto mi condicion. —— ¿Pues qué, no os manifestaba vuestro padre el mismo afecto que yo profeso á mis hijos? —— No por cierto; y á no ser por un venerable Sacerdote, á quien lo debo todo, ha mucho tiempo que estaria en el sepulcro.——¿Es posible? Hacednos el favor de contarnos la historia de vuestra vida, porque no puede ménos de interesar á quantos nos hallamos presentes.—— Yo lo haré amigo mio, pero ántes exîjo que

me entregueis á Benito. —— No, no puedo complaceros, porque le he prometido tenerle en casa, y debo cumplirlo; y lo que únicamente puedo ofreceros es volvérosle á enviar si me pone nuevamente en la precision de desterrarle de mi presencia; pero me lisonjeo de que no se verificará este caso. Así pues, no hablemos de esto, y servios de referirnos vuestras aventuras, que sin duda serán muy particulares segun infiero de algunos ligeros sucesos que en ciertas ocasiones me habeis confiado.

Todavia insistió Roland incre-

pando lo que llamaba flaqueza de Palemon en órden á su Benito; pero al fin resolvió satisfacer la curiosidad de su amigo, haciendo la siguiente relacion, que fué oida atentamente por todos, y mas por Benito, que ya se hallaba enteramente sosegado.

Mi padre era comerciante de granos en una pequeña poblacion, situada á quatro leguas de París, llamada San German en Laye. Se habia casado por pura inclinacion, y sin que mi madre le llevase dote alguno; pero aquella pasagera inclinacion que le habia obligado á casarse, fué de muy cor-

ta duracion. Bien pronto se olvidó de su puro amor con esta virtuosísima muger, la trataba con el mayor rigor y desprecio; y para desquitarse del tédio que le causaba, se entregó á ocultos amores, si tales pueden llamarse los vergonzosos lazos que unen á los esposos y padres de familias con las rameras, cuyo objeto y oficio es siempre el de enredar las casas, ridiculizar las esposas á los ojos de sus maridos, y arruinar las familias. Tal era la conducta de mi padre, y no la ignoraba mi madre, pero paciente, dulce y tímida lo disimulaba todo pa-

ra evitar continuas desazones. Yo era el único fruto de su matrimonio; y al paso que mi padre no me miraba con ternura, estaba en mí reconcentrada toda la de mi madre, que me amaba qual no puede explicarse. Desde mi mas tierna edad no cesaba mi padre de reprenderme sin saber por qué, y aun me maltrataba con inaudita crueldad. Sentia esto mi madre, y le afeaba muchas veces su rigor; pero él no hacia caso, y aseguraba que yo seria siempre un grandísimo bribon.

Así me crié hasta la edad de la razon, siendo testigo de la ma-

la conducta de mi padre, y de las lágrimas y tormentos de su infeliz esposa. Tenia ya diez y siete años, quando una noche que me retiraba algo mas tarde de lo acostumbrado, y temeroso de que mi madre se impacientase con mi tardanza, al pasar junto á una calle que desembocaba en la nuestra, encontré una jóven afligida y llorosa, que corriendo precipitadamente se arrojó en mis brazos, exclamando: qualquiera que seais socorredme, defendedme de quien me persigue. El interes que inspira una muger llorando, y el natural deseo de favorecer á una des-

dichada, me obligáron á cogerla del brazo, asegurándola que la defenderia á todo riesgo, y que no la abandonaria hasta dexarla en lugar seguro. Aun no acabé de hacerla esta promesa, quando ví pasar junto á nosotros un como militar con la espada desnuda, el qual no hizo mas que mirarnos, embaynar su espada, y retirarse pronunciando estas palabras: ¡maldita! ¡yo te hallaré sola, y sabré vengarme!

Quando se hubo retirado aquel hombre, la muger, que empezó á temblar apénas le vió, me dixo: terrible cosa es el que haya de ver-

me atormentaba de este modo por algunas gracias, que tienen otro dueño: ¡ah señor! ¡quánto os debo!... Esta es mi casa, dignaos de subir á mi habitacion, tanto para que descanseis un rato, como para completar vuestro favor acompañándome solo un quarto de hora, porque temo que ese bárbaro vuelva y me maltrate.

Yo, jóven inexperto, y muy engreido de empezar á ser un Amadis, subí á la casa de esta muger, que estaba magníficamente adornada; y ella se arrojó sobre un camapé; lloraba, suspiraba, y me protestaba su virtud, la qual decia

ser el origen de sus persecuciones. Se disponia á referirmelas, quando llamáron á la puerta. Se levantó, y sobrecogida del miedo, dixo: ¿ si será él?... ó bien, ¿ si será mi amigo? En todo caso, yo os suplíco, caballero, que tengais la bondad de pasar á este gabinete: si es mi enemigo saldreis á defenderme; pero si fuere mi amigo... ¡ es tan zeloso!... temeria.... no importa; yo encontraré prontamente arbitrio para sacaros.

Empecé á sospechar de esta muger, pero estaba demasiado comprometido para retirarme. Entré pues en un gabinete obscuro; á po-

cos minutos oí los pasos de un hombre que se paseaba en la sala, y la dixo: *Sofia, hará como una hora que no estabas en casa.* Apénas oí estas palabras empecé á estremecerme y temblar de pies á cabeza, porque conocí la voz de mi padre; y entónces conocí mi imprudencia.

Sofia le respondió, habia salido á comprar algunas cosas. —— ¿Sola? —— ¿Pues con quién habia de salir no estando tú aquí? —— Pero te han visto volver con un hombre. —— ¿Me han visto? ¡bueno! ¿con que tienes quien siga mis pasos? —— Eso no es de tu cuenta;

y de la mia es hallar á ese hombre, que precisamente ha de estar en casa, y pagará con su vida el agravio que me hace. A tan terrible amenaza me sobrecogió el miedo de tal manera, que buscando á tientas donde esconderme derribé unos vasos de cristal, y me descubrió el ruido que hiciéron al quebrarse. Al instante abrió mi padre el gabinete, diciendo: aquí está... Es verdad, respondí; pero escuchadme.

No puedo pintaros su confusion al conocerme. ¡Mi hijo aquí, dixo á media voz, ocultando el rostro entre sus manos! —— ¡Tu

hijo! exclamó Sofia: ¿hijo tuyo es este jóven? lo celebro, porque es bellísimo. — ¿Bellísimo? —— Sí, tiene un corazon excelente, y me ha hecho un favor muy particular. Tu rival, el que yo trataba ántes de conocerte y á quien he dexado por entregarte mi corazon, el maldito Ferval, me perseguia con la espada desnuda; pero he tenido la dicha de hallar á este jóven que me ha librado de su furor y me ha acompañado. — ¡No está la invencion mala! Si eso fuese, ¿por qué escondiste á este muchacho en el gabinete? —— Porque te conozco, y sé que eres ze-

loso y arrebatado; ademas que yo ignoraba fuese hijo tuyo. — ¡Lo ignorabas! mil veces te he mostrado á él y á su madre sin que nos viesen. — Juro que no le he conocido. — Basta; ¡pronto me haré yo conocer; y tú retírate, y entiende que si tu madre llega á saber la mas mínima cosa de esto, experimentarás los efectos de mi resentimiento. . . .

No esperé á que me repitiera el mandato; y á toda prisa me retiré á mi casa, donde hallé á mi madre muy inquieta con mi tardanza, y la fingí no sé qué pretexto, para no decirla lo sucedi-

do. No se lo que pasó despues entre mi padre y Sofia; pero desde este lance me trató mucho peor, y me aborreció con extremo. Bien conoció que yo habia guardado sigilo, pero no me lo agradecia; y aun hacia que me siguiesen, recelando que fuese á casa de Sofia, con quien me suponia un trato criminoso. Avertí pues que me seguian por todas partes; y mi madre, que hizo el mismo reparo, no me dexaba sosegar haciéndome preguntas, á que no podia satisfacer sin exponer mi vida.

¡Qué horroroso quadro el del interior de nuestra casa! ¡un hom-

bre duro y siempre arrebatado que solo se presentaba para fomentar disensiones, y conducirse con su esposa como el hombre de mas baxa extraccion! ¡una esposa tímida, siempre anegada en lágrimas, siempre señalada de la mano de un furioso! ¡un hijo desconsolado, recibiendo golpes continuamente; y enmedio de todo esto la indigencia, como efecto preciso de la destruccion de una rica hacienda! Ved aquí qual era nuestra triste situacion. ¡Ay! ¡quántas familias desgraciadas podrán reconocerse en este quadro!

A pesar de lo mucho que ama-

ba á mi madre, de quien yo era el único consuelo, no sé como pude contenerme para no hacer alguna locura desesperada una mañana, que habiendo salido mi padre muy temprano, volvió acompañado de un hombre corpulento pero de poca estatura, los ojos atravesados, y con una tez que parecia de un mulato. Mi padre hizo que sirvieran el almuerzo, y despues con un tono áspero, me dixo: da gracias á este caballero, que quiere llevarte consigo, y desembarazarme de un vagamundo. — ¿Qué dices, hombre? preguntó mi madre. — Digo que

debo á este caballero el favor de librarme de un perezoso, que debiera avergonzarse de ser gravoso á su padre en semejante edad. El señor es capitan de navio, tiene que pasar á nuestras islas, y se lleva á Roland en calidad de secretario: creo que vos y yo se lo debemos agradecer. — ¿Qué es lo que oigo?..... ¿y el señor parte?.... — Mañana para Tolon, donde se embarcará. — Pero, ¿lo has reflexîonado bien? este muchacho que nunca se ha separado de mí, que tiene poca salud.... ¡expatriarse así! — Todo está previsto, he dado mi pala-

bra y quiero cumplirla con la mayor escrupulosidad. — Hombre cruel, ¿con que pretendes quitarme el único consuelo de mi vida, separándome de mi hijo? no, no se separará. — Yo lo mando, y esto basta. — ¿Yo lo mando, dices? ¿á quién se dirige esa expresion? ¿á tu esclava, ó á tu esposa? mis derechos son iguales á los tuyos; y quiero que mi hijo se quede. — No se quedará. — Yo digo que sí, y verémos.

Así tuvo principio una disension que acabó como las demas, es decir: maltratando mi padre á su

triste esposa. El capitan y yo nos atravesamos; pero yo recibí muchos golpes, y algunos alcanzáron al capitan, el qual atónito, tomó la palabra y dixo que su ánimo no era encender discordias en la familia, y que por ningun motivo se empeñaria en arrebatar á un hijo del seno maternal. Mi madre y yo abrazamos á este hombre generoso; y mi padre salió enfurecido, amenazando que no le faltarian medios para obligarme á cumplir sus órdenes. ¡ Considerad quán afligidos quedariamos, y qué espanto producirian en nosotros las amenazas de un hombre como mi

padre! No volvió por la noche; y la pasamos toda, mi madre llorando, y yo consolándola. A la mañana siguiente, para colmo de nuestra infelicidad, llegó una tropa de ministros de justicia, y embargó todos los muebles de la casa para satisfacer una crecida deuda que mi padre habia contraido, y cuyo plazo estaba devengado. El acredor habia procedido executivamente y obtenido el embargo. Con esto no nos dexáron ni aun cama en que acostarnos; y en tanto que los ministros, desatendiendo nuestras súplicas, nos despojaban inhumanamente, se pre-

sentó otro con una órden executiva para llevarme á la casa de correccion de San Lázaro. ¿Qué he hecho? ¿ qué ha hecho mi hijo? tales fuéron nuestras primeras expresiones. El ministro nos enseñó la órden, en la qual se decia que yo habia maltratado á mi padre, y que aun le habia herido. ¡Qué impostura! era claro que á instancias de mi padre se habia despachado la órden, atribuyéndome un delito que era incapaz de cometer.

Juzgad qual seria la amargura de mi madre. Expelida de su casa, despojada de todos sus efectos, y en el punto de perder un

hijo querido á quien un padre desnaturalizado ponia en una infame prision, era ciertamente muy digna de compasion. Miéntras que se entregaba á todo el exceso de su dolor, formé un proyecto atrevido, pero cuyo resultado era segúro. Fingí que me resignaba; y baxo el pretexto de escribir á mi padre, tomé la pluma y escribí á mi madre el siguiente villete que con el mayor disimulo puse en sus manos.

Es preciso huir, madre mia, tengo medios para ello: venid á buscarme á casa del Párroco de Serville, donde estaré esta noche.

Fingiendo despues que iba á tomar alguna ropa entré en mi quarto y por una ventana poco alta salté á un jardinillo, y llegándome á un pozo que en él habia, me descolgué por la cuerda, que yo sabia estaba muy bien asegurada en un grueso pilar junto al brocal. Bien pronto oí desde allí las voces de las gentes que me buscaban, registrándolo todo; y mi pobre madre, que, no hallándome en el jardin conoció que no me habia maltratado, dió á entender que sin duda yo me habria refugiado en alguna de las casas vecinas. Los esbirros se repartiéron, acudiéndo unos

á registrar las casas próxîmas, y otros saliendo al campo para ver si me encontraban.

Al anochecer, quando ya el sol se escondia, traté de salir de mi sombrío asilo, donde pasé un frio intenso por haber estado desde la mañana con la mitad del cuerpo dentro del agua. Iba á executar mi pensamiento, quando á una maldita cocinera la ocurrió llegarse al pozo para sacar agua. No habia yo previsto este caso; la muger tiraba la soga hácia sí, pero yo no la soltaba; de repente me ocurrió probar si conseguia asustarla, y ahuecando quanto pu-

de la voz, dí un tremendo grito, que la hizo huir à toda priesa, llenando la casa de alaridos. No podia yo malograr ni un instante, con que subiendo por la cuerda á todo riesgo, tuve la dicha de hallarme en el jardin, donde no encontré á nadie. No esperé á que acudiese gente; y sin saber qué era de mi madre, salté las tapias, salí al campo, y me encaminé á Serville, donde llegué á las once de la noche medio muerto. Al acercarme á casa del Párroco ví en ella luz, con que inferí que me estarian esperando; y en efecto una persona se

paseaba en el zaguan con una linterna. Mis precipitados pasos llamáron su atencion, y me dixo en voz baxa, ¿sois vos Roland? — Sí, yo soy. — ¡Dios sea loado! vais á dar la vida á una persona que os ama quanto es posible.

Una anciana era la que me dirigia estas palabras, me parció que seria la ama de gobierno de aquella casa; y la seguí á una sala baxa, donde hallé otra muger reclinada en el estremo de un camapé, y que parecia dormir profundamente. Yo, con la idea de que allí me esperaba mi madre, cre-

yendo que lo era la que estaba en el camapé, me arrojé á abrazarla exclamando: ¡ en fin, que me vuelvo á ver en vuestros brazos! La dormida, despertó, dió un grito, y se dexó caer sobre mi pecho, diciendo: ¡ él es!

Pero ¡ quál sería mi sorpresa al conocer que esta muger, léjos de ser mi madre, era nada ménos que Sofia, la querida de mi padre! pues á pesar de no haberla visto mas de una vez, la conocí al instante. No sabia que hacerme, y temia haber caido en algun lazo... ¿ Sofia, decia yo entre mí, en semejante sitio? ¿ si estará con ella

mi padre? ¿si mi madre habrá perdido el villete en que la decia que á la noche me hallaria en esta casa? No hay que dudar: han sabido que yo debia venir aquí, y sin duda todos los que me persiguen se han reunido para prenderme. Quise huir, pero me detuvo Sofia, y dulcemente me dixo: ¿por qué huis de mí? no soy enemiga vuestra; ántes bien soy víctima de vuestro bárbaro padre, á quien ya no veo, ni quiero volver á ver jamas. Es un monstruo.... pero ya lo sabreis todo: subamos ahora al quarto de mi tio, donde hallareis á vuestra desdichada madre, pos-

trada en cama ; y que morirá sin duda si no vuelve á veros.

Todo esto era una nueva confusion para mí. Sofia, decia yo, habla de su tio : ¿ si será ésta aquella sobrina del Cura de quien él tantas veces nos hablaba sin nombrarla, y cuyos extravíos le afligian tanto ? Sofia ha dexado á mi padre.... ella es víctima suya.... le llama monstruo... Yo debia informarme de todas estas particularidades ; pero se trataba de mi triste madre afligida y postrada, y nada pudo contenerme para volar á sus brazos. Subí con Sofia, y la ama nos alumbraba ; entré en una

alcoba, donde hallé al buen sacerdote, y á otra muger junto á la cama en que mi madre gemía y se lamentaba. Vedle aquí, exclamó el Cura, y ya estaba yo entre los brazos de la que me habia dado á luz. Confundimos nuestras lágrimas y sollozos, y mi madre me dixo que si habiamos tenido la fortuna de subs-traernos á la rabia de su esposo, no por eso dexabamos de hallarnos arruinados. Los ministros de justicia lo habian llevado todo. Mi madre, inquieta por el salto que conoció habia yo dado, y por la dificultad que conocia de escaparme de los que me perseguian, no sabia que

partido tomar ; pero al fin resolvió marchar á Serville, esperando que me hallaria allí, si tenia la dicha de completar mi fuga. El buen Párroco de Serville habia sido su tutor y su maestro : él era el que habia tenido la desgracia de casarla con quien ménos debiera. No podia mi madre hallar asilo mas seguro, porque no era creible que su esposo, que respetaba mucho á este sacerdote, quisiese perseguirnos en esta casa. Mi madre pues se habia presentado al Párroco, que la recibió muy bien sabiendo sus desgracias ; pero el cansancio, la debilidad y el

cuidado habian descompuesto su salud. Habia sido forzoso hacerla acostar; y miéntras la ama estaba esperándome en el portal, el Cura y una hermana suya velaban á mi madre. Solo me quedaba por saber el inopinado encuentro de Sofia; y ella misma, en tanto que los demas cenaban junto al lecho de mi madre, me dixo: que era hija de la hermana del Párroco, la qual se hallaba allí; que unas locuras juveniles, aunque siempre imperdonables en una persona de su sexô, la habian conducido á vivir con un oficial jóven que la habia sacado de casa de sus pa-

dres. Cansada de los malos procederes de éste, habia atendido á las solicitudes de mi padre, quien por mucho tiempo se habia fingido soltero. Su primer amante, de quien se habia ocultado, hallándola sola una noche y conociéndola, quiso matarla; y yo habia tenido la dicha de salvarla de este peligro, y la desgracia de suscitar los zelos de mi padre por haberme encerrado en su gabinete. Mi proceder, mi edad y mi figura habian hecho impresion en el corazon de Sofia, que hablando siempre de mí con el mayor encarecimiento habia alimentado las sospechas de mi pa-

dre; y éste no contento con buscar todos los medios para alejarme de sí, habia abandonado á Sofia, llevándose además un dia quantos efectos la pertenecian. La infeliz en tan triste estado, devorada por los remordimientos, sínceramente arrepentida, y por otra parte sintiendo un amor honesto y delicado, al qual conocia que no podia entregarse sin un horrible crímen, habia venido á postrarse á los pies de su madre y de su tio, que la habian perdonado baxo la condicion de que consagraria el resto de su vida al servicio de Dios en un cláustro. Estaba con esta intencion quando

llegó mi madre á casa del Párroco, donde dixo que yo tambien iria á refugiarme. Al oir esto Sofia mudó de color, y se sintió tan agitada que para ocultar su comocion habia baxado al piso inferior, donde la habia sobrecogido el sueño, del que no despertó hasta que yo la abracé equivocadamente. Confesóme pues que me amaba; pero que sabria vencer su inclinacion, y tener sobre sí misma dominio suficiente para entrar en el cláustro, y cumplir así la voluntad de sus parientes. Despues me suplicó que no revelase su trato con mi padre, pues nadie lo sabia. Yo

la prometí el secreto, y fingí que la veia por primera vez.

En el fondo Sofia era buena, y no habia nacido para ser viciosa. Seducida y sacada de casa de sus padres por un libertino, era un exemplo desgraciado de los peligros á que se expone toda jóven que entrega su corazon al primero que la solicita: y que despues se encuentra sumergida en los mayores extravios, por haber cometido la primera falta, desatendiendo los sabios consejos y autoridad de sus padres. ¡Quántas víctimas semejantes de la seduccion pueblan insensiblemente nuestras

ciudades, y se entregan al último grado de disolucion!! y quántas de estas mugeres habrian sido honestas esposas y buenas madres de familias, si la primera vez que se enterneció su corazon, en lugar de tomar por objeto á un iniquo hubiesen hallado un hombre de bien. No creais, amigos mios, que yo adelanto demasiado la indulgencia ó la compasion: he seguido el mundo, y he visto todas las graduaciones del vicio; y si alguna vez publicase mi historia, estoy seguro de que si la leyesen algunas víctimas de la corrupcion, suspirarian y volverian sobre sí mismas pensando en estas

reflexîones dictadas por la filosofia y conocimiento de la miseria humana : pero prosigamos.

Quando supe todo esto de Sofia, volví adonde estaba mi madre y la hallé mas sosegada. Tuve mucho cuidado de no hablar á Sofia sino con el miramiento debido á una jóven desconocida hasta entónces. Cené con ella, y despues me retiré á dormir, que bien lo necesitaba. A la mañana ví con la mayor satisfaccion que mi madre estaba mucho mas aliviada. No nos separamos de su vista en todo aquel dia; y al siguiente, en que se levantó, la dí el brazo para que con mas

comodidad diese algunos pasos por la huerta; y desde este punto su salud se restableció enteramente, sin embargo de que tenia siempre reconcentrado un dolor que nada podia disipar. Estaba arruinada por un esposo que la habia reducido á la última miseria. Temia tambien que se supiese mi asilo, y viniesen á executar la órden fatal que contra mí se habia despachado. Esta era su mayor inquietud, y por tanto se hacia preciso desvanecerla. Trató de esto con el sacerdote, el qual convino en acompañarla á París para hablar al Juez de cuya inspeccion era este asunto, y añadió: mi hermana

nos acompañará, y expondrémos al Magistrado la conducta de Mr. Roland contigo, el odio que profesa á su hijo, como la virtud de éste; y así procurarémos que se revoque la órden expedida.

Con este proyecto partiéron los tres á París, dexándome solo con Sofia sin sospechar nada de nuestro anterior conocimiento; pero ésta se hallaba muy arrepentida, y yo era demasiado delicado para abusar de los derechos de hospitalidad hasta el extremo de ofender la virtud. Pasamos pues Sofia y yo los dos dias de esta ausencia de nuestros parientes, entretenidos ya

en las cosas domésticas, y ya disfrutando la amenidad de la huerta. En fin volviéron nuestros interesados, y desde léjos nos manifestáron su satisfaccion. Mi madre me abrazó, y me dixo que el Magistrado, conmovido de nuestras desgracias, y asegurado de la verdad por el Párroco, cuyas virtudes respetaba, habia revocado la órden. Así es que me hallé libre y sin temor de las persecuciones de mi injusto padre, el qual, segun habian averiguado nuestros amigos, con algun dinero que habia ganado al juego, trató de comprar, y efectivamente compró otros muebles, y empezó

á hacer nueva figura en San Ger-
man. Hallábase con algunas conve-
niencias, y solo se ocupaba en bus-
car medios para hacer que volvié-
semos á su poder su esposa y su
hijo, cuyo asilo ignoraba. Le era
fácil saberle por medio del mismo
Magistrado á quien habia sido pre-
ciso revelársele; pero mi madre y
yo no queriamos salir sino con la
promesa y seguridad de disfrutar
una vida quieta y regular; y el Pár-
roco nos ofreció interponer su me-
diacion para que no fuesemos en-
tregados á Mr. Roland, sin que
ántes quedase asegurada nuestra
tranquilidad. Así nos hallabamos

contentísimos, y ya se trataba de llevar á Sofia á un convento cercano para tomar el hábito, quando un nuevo accidente turbó todas nuestras lisonjeras esperanzas... pero es tarde; de aquí á mi molino hay una legua; dentro de pocos dias volveré á proseguir la narracion de mis sucesos, que me parece os han interesado. A Dios, amigos.

Levantóse Roland para irse; pero Palemon le detuvo, exponiéndole que á tal hora aquel camino no era seguro; y que no permitiria se arriesgase á ningun contratiempo, habiendo sido su hijo la cau-

sa de su venida. Mañana, le dixo, podreis marchar; pero ahora seria imprudencia.

No por cierto, respondió Roland: tengo tan trillado el camino, y estoy tan acostumbrado á andar de noche por estas cercanías, que nada me perturba. Sin embargo, repuso Palemon, siempre ha sido máxîma cuerda precaver los peligros primero que remediarlos; y últimamente, quando estos reparos no os detengan, os debe detener el afecto con que os ruego me honreis esta noche.

Convino Roland; y una cena frugal terminó los placeres de esta

tarde, empleada en ver quadros muy diferentes de los que hasta entónces habia presentado Palemon al exámen de sus hijos.

TARDE XLIII.

LAS PASIONES.

El buen eclesiástico.

Al dia siguiente Palemon, á instancias de sus hijos, halló medio para entretener á Mr. Roland, haciéndole ver sus posesiones y su granja, hasta que llegó la hora de comer, y así le fué preciso á Mr. Roland aceptar el convite que le hiciéron. Despues le representáron que la tarde era muy larga; y en una palabra, le hiciéron tan-

tas súplicas para que continuase la relacion de sus aventuras, que no pudo escusarse: con lo que reunidos en el terrazo, prosiguió así su historia.

Como os dixe ayer, estábamos muy bien en casa del buen Cura de Serville; y aunque temiamos que aquel dichoso estado no podia ser de larga duracion, porque no se componia con nuestra delicadeza ser tanto tiempo gravosos á este hombre excelente: nos aprovechábamos de quantas diversiones se nos proporcionaban. Por la mañana disfrutábamos las delicias del campo, y por la tarde leiamos ó

nos ocupábamos en varios juegos. El hijo de un labrador vecino, llamado Juan, era de nuestra tertulia, y siempre sentiamos el momento en que se separaba de nosotros porque, sobre ser ahijado del Párroco, parecia un mozo completo; y aunque algunas veces se mostraba melancólico y taciturno, suponiamos que tendria pesares que á nadie queria confiar.

Una tarde que el Párroco, su hermana, Sofia y mi madre jugaban á los naypes, me divertí en dar á Juan una leccion de escribir, porque lo hacia muy mal. Hízome poner mi firma muchas ve-

ces sobre un papel blanco, para admirar la variedad de mis rúbricas, que las hacia graciosísimas. Escribí pues mi apellido de mil maneras; en esto me llamó mi madre para consultarme una jugada; luego volví á la mesa donde escribia; y aunque no hallé en ella el papel de mis firmas, no concebí el mas leve recelo, y continué en dar leccion á Juan, el qual á cierta hora, se despidió de nosotros hasta el dia siguiente. Pero se pasáron este y otros tres sin que le viésemos; y al quarto dia supe de él de modo bien cruel. Pasaba cierto destacamento por el

pueblo para ir de guarnicion á una ciudad muy distante. Salí á ver la tropa, prometiendo á mis gentes que volveria luego; pero ápénas me interné en el pueblo me ví preso por dos soldados y un oficial, el qual, mirándome con mucha atencion, dixo: ¿no os llamais Roland? —— Sí señor.—— Venid con nosotros; muy mal habeis hecho en no presentáros ántes, y mereciais un severo castigo; pero por primera se os perdonará esta falta. —— ¿Qué falta? —— ¡Linda pregunta! ¿no sois soldado? ¿Yo soldado? —— ¡Bravo! haceos el tonto: ¿podeis des-

mentir vuestra firma? —— ¿Mi firma?

Entónces el oficial me mostró una filiacion en toda forma, y firmada de mi mano, con lo qual conocí al instante el lazo en que me habia hecho caer el perverso Juan. El papel en que me habia hecho firmar estaba doblado; el blanco le habian llenado extendiendo mi obligacion de servir por seis años; y habian contado con tanto artificio todas las firmas mias, que solo quedó en el papel la primera que habia echado, y que era la que siempre usaba. ¡Cómo, exclamé! ¿Juan ha podido en-

gañarme de esta suerte? — Juan no ha hecho mas que ayudar las intenciones de vuestro padre; y ademas de eso es tan soldado como vos. — ¿Soldado? — Sí, pero no nos detengamos en discursos inútiles: seguidnos ahora mismo. — ¡Gran Dios! ¿no podré avisar á mi madre?.... — Es imposible; la compañía va desfilando, y no podemos detenernos un instante en el pueblo.

Insistí, supliqué y rogué con tanto ahinco á este feroz oficial que me concediese la gracia de ver á mi madre, que se resolvió á acompañarme. Marchamos... ¡San-

tos cielos! ¡qué golpe tan terrible ibamos á dar á la madre mas tierna! Llegué con mi oficial, y hallé á mi madre almorzando tranquilamente con el Cura y la madre de Sofia. Atónitos de ver conmigo un oficial, se levantáron; yo me arrojé á los brazos de mi madre; y no teniendo fuerza para significarla mis nuevas desdichas, lloré en su alterado seno. — ¿Qué es esto, hijo mio? ¿qué tienes? — Señora, respondió el oficial, abrazad á Roland, y despedios de él, porque es soldado de mi compañía. — ¡Soldado! así exclamáron todos admirados. Expliqué por

menor á mi madre la traicion de Juan por instigacion de mi padre; y la pobre señora se estremeció; pero el Párroco, con mucha gravedad, dixo al oficial: caballero, las injusticias no deben sostenerse; no teneis derecho para quitar su libertad á este jóven por medio de una traicion; y yo acudiré á vuéstros superiores. Apelad á quien quisiereis, respondió friamente el oficial; pero entretanto yo me llevaré á mi soldado ahora mismo: Vamos, camina.

Mi madre se postró á los pies del oficial, que despreció su llanto. El Párroco enternecido con este

espectáculo, dixo que no permitiría que me sacrificasen de este modo; y preguntó al oficial: ¿quánto se necesita dar por su licencia? — ¿Su licencia, señor Cura? no se le puede dar, porque se va á declarar la guerra y necesitamos gente. — Sin embargo, no ignorais que aquí en todo tiempo, se puede rescatar un soldado: con que no nos podeis negar este, dando la cantidad acostumbrada para este efecto. — Pero, señor, se necesita bastante dinero. — Yo no sé lo que se necesita; aquí tengo veinte y quatro luises de oro: ved si quereis aceptarlos; pero de lo contrario, os advierto

que pediré al Rey justicia; y puede ser que os arrepintais de haber contribuido á maldad tan enorme.

Aunque el oficial conocia que su conducta seria reprobada por sus superiores, se hizo algo de rogar; pero al fin recibió la cantidad, y me dexó libre. Le preguntamos cómo se habia preparado este asunto, y nos dixo: que al pasar por San-German se le habia presentado mi padre, y me habia pintado con los mas feos colores, suponiendo que era un pícaro libertino de quien queria deshacerse, y que por tanto le habia empeñado en

que, á toda costa, procurase hacerse con mi firma. El oficial que hacia ocho dias que habia enganchado á Juan sin saberlo su familia, entregó á éste cierta cantidad, que pagó mi padre, á fin de que, mediante la libertad con que nos trataba, me hiciese caer en el lazo. Lo consiguió perfectamente; y este miserable, precisado á vender su libertad, por un efecto de su mala conducta, habia implicado en su desgracia al que llamaba amigo.

Mucho indignó al Párroco este atroz rasgo de su ahijado; juró que no volveria á verle, y nos suplicó que omitiésemos todas las de-

mostraciones de gratitud. ¡Qué grandeza de alma! ¡privarse por nosotros de lo poco que habia podido ahorrar! ¡hacernos tantos beneficios; y duplicar su aprecio por medio de tan singular modestia! ¡qué encontraste entre la conducta de mi padre y la de este eclesiástico! ¡ó cielos! ¿es creible que un padre haya sido capaz de multiplicar tantas acciones criminosas contra un hijo que no tenia otro delito que el de amar á su desdichada madre? ¡O vosotros, niños felices, que teneis padres indulgentes, compasivos y virtuosos, quán poco conoceis vuestra felicidad¡

Bastaría que padecierais la quarta parte de lo que yo he padecido, para que supieseis apreciar vuestra feliz situacion. ¿Qué le quedaba ya que hacer á mi padre contra un hijo inocente? ¿se valdria de nuevos resortes para perseguirme? Todo era de presumir de su parte; y las conseqüencias verificáron que no habia yo llegado todavia al término de sus vejaciones.

¡Considerad, amigos mios, quál seria nuestra ternura para con un sacerdote, á quien debiamos tanto! Volvimos á nuestros inocentes placeres, y no supimos mas de

Juan. Tratábase de llevar al convento á Sofia ; y esta jóven se manifestaba muy resignada , sin mostrar la mas leve repugnancia: pues de lo contrario, no era su tio un tirano que intentase violentar su alvedrio. Conocia éste que quando una jóven ha llevado una vida escandalosa y quiere enmendarse , no la queda partido mas seguro que retirarse á un cláustro , como asilo el mas propio de la penitencia. Sabia al mismo tiempo que es menester muy verdadera vocacion para un estado tan austéro ; y que llevar al cláustro las inclinaciones que se han seguido en

el mundo, es hacer un infierno perpetuo del retiro pacífico de la virtud. Habia sondeado muy bien la disposicion de su sobrina, manifestándola todas las obligaciones que iba á contraer, para que no las sellase con un eterno juramento si no se sentia con espíritu bastante para cumplirlas; pero Sofia estaba resuelta; y ella y su madre conocian que el partido mas sano era el de un religioso retiro. Tal era este hombre, este virtuoso amigo de la religion que enseñaba, poniendo en práctica sus deberes sin pedantismo ni afectada austeridad. En su casa era

amable y festivo; presenciaba los honestos juegos de los jóvenes, y en una palabra era un padre tierno de todos sus feligreses, y un modelo de sacerdotes. No satisfecho con lo que hasta entónces habia hecho por mí, trataba de procurarme algun establecimiento útil. Habia escrito á París á un amigo para que me proporcionase algun destino en que pudiese vivir sin separarme de mi madre; tenia ya prometida por su amigo esta gracia; y esperaba concluir el asunto de Sofia para participarnos el buen estado de nuestros asuntos, quando la maligni-

dad de mi padre turbó de nuevo nuestra paz, y llenó de confusion toda la casa. Noticioso de que yo habia conseguido mi libertad, y furioso por ver desvanecidos todos sus proyectos de venganza contra mí: dirigió sus baterías por otra parte; y se manejó del modo mas odioso, para descomponernos á mi madre y á mí con el buen Párroco, que era á quien únicamente temia. Escuchadme atentamente.

La víspera del dia en que Sofia, se habia de separar de nosotros el Señor Cura y mi madre recibiéron á un mismo tiempo dos car-

tas de mi padre. Oid el contesto de la dirigida al virtuoso eclesiástico.

Hombre respetable, ¿cómo podeis ser tanto tiempo juguete de dos muchachos que os engañan, y abusando de los derechos de la hospitalidad se entregan en vuestra misma casa á unos criminales amores? ¿es posible que todavia no hayais advertido su ilícito trato? No dudeis de esta asercion, y una simple confesion de mis defectos os hará conocer mi verdad. Yo he amado á Sofia; mi hijo me arrebató el corazon de esta hermosa muger; y la ha seguido aun hasta vuestra propia casa, donde renuevan

los anteriores extravios de su pasion escandalosa. Mi obligacion me precisa á escribiros; y no tardaré en presentarme á vuestra vista, para que me entregueis ese hijo malvado, pues no dudo que procurareis que quanto ántes dexe tan sagrado asilo. Estudiad entretanto las acciones de esos jóvenes perversos, y conocereis hasta donde llega su doblez y simulacion.

Marcelo Roland.

La carta de mi madre era mas corta, pero mas enérgica.

¿Qué haces, muger sin honor y sin delicadeza? ¿á tu vista permites el trato mas escandaloso? ¿puedes ignorar que tu hijo me ha despojado de

la posesion de Sofia, y que ambos?.. no debo proseguir. Sí, muger licenciosa y complaciente hasta un extremo criminal, pronto me veré para siempre separado de tí. Tiembla: no tardarás en verme; y conocerás que tu actual conducta me da derecho sobre tu libertad. Ya lo sabe todo tu venerable tutor y maestro; tú serás castigada; tiembla.

Roland.

Petrificados quedáron el Párroco y mi madre así que leyéron las cartas; se miraban y no se atrevian á hablar; pero al fin el buen sacerdote, rompiendo el silencio, la dixo: acabo de recibir una carta

muy extraña. —— La mia no será ménos admirable. — ¿Permitis que la vea? —— ¿Por qué no? ¿y la vuestra? —— Leedla.

Comunicáronse sus respectivas cartas, con que se acrecentó notablemente su turbacion. ¡Sofia, exclamó mi madre, ha sido la querida de mi marido.! — ¡Y lo es de vuestro hijo! —— Perdonad; no puedo creerlo... mi marido, ¡tiene tan poca providad! — ¡Mi sobrina, cielos!... ¡qué dirá su madre! — Mi marido es muy abonado para inventar las mayores mentiras, y suscitar las mas graves calumnias. No, yo no puedo creer

que mi hijo... aquí mismo... — Pero no podia ignorar que su padre trataba con Sofia. ¿Pues por qué nos lo ha ocultado? — Lo habrá hecho por pura atencion á nosotros. — Vos sois, acaso, demasiado crédula y confiada; empiezo á conocer que el exceso de vuestra ternura os ciega en órden á las cosas de vuestro hijo; en el dia los jóvenes, ¡son tan perversos!.. pero suben los nuestros; fácilmente conocerémos si vuestro esposo miente: yo no puedo persuadirme á que se propase conmigo á...

En esto entramos Sofia y yo, bien distantes de pensar en reci-

bir el golpe que nos esperaba. Mucho nos sorprehendió la frialdad con que fuimos recibidos. Sofia, la dixo su tio, yo espero que me hablarás con franqueza sobre lo que voy á preguntarte: dime, ¿has conocido y tratado con intimidad al marido de esta señora? — Señor.... yo... —— ¿Tituveas?... ¿pierdes el color?

En efecto, Sofia se puso muy descolorida; no tuvo valor para disfrazar la verdad, y ocultó su rostro con un pañuelo. Mi turbacion era igual á la suya; pero creció mucho mas al decirme mi madre, ¿es cierto que tu padre te

ha sorprehendido en casa de Sófia.— ¿Sorprehendido? — Responde. — Señora... ¿pero quién ha tenido la crueldad de turbar vuestra quietud participándoos estas cosas?..— ¡Ola! ¿con qué son ciertas? — La turbacion de Sofia dice bastante...— ¿Qué has succedido á tu padre, y eres su amante? —— ¿Qué decis? ¿yo amante de Sofia? — Debes confesarlo. —— Yo no puedo confesar una cosa tan contraria á mis buenas costumbres y á mi delicadeza. Sofia quiso salirse del quarto; pero su tio la detuvo, diciéndola: no hay remedio; es preciso que nos expliques este misterio, pues á to-

dos nos interesa tanto el saberlo.

Sofia no pudo hablar, porque estaba casi desfallecida; yo entónces dixe: dexad á Sofia; yo explicaré el misterio que nunca debiera haberse descubierto. Me parece que adivino quien es el autor de esta inquietud; pero manifestando su conducta, la mia y la de Sofia, se acabarán todas las confusiones. Como estaba indignado referí con mucha vehemencia mi primer encuentro con Sofia; los zelos de mi padre, motivo principal de mis persecuciones; el despojo de los efectos de esta infeliz; mi admiracion al hallarla en

aquella casa; las conversaciones que habiamos tenido; y los motivos de prudencia y delicadeza que nos habian precisado al silencio.

Acabé mi relacion; y Sofia, postrándose á los pies de su tio, le dixo: ¡ó amado tio! servios de escucharme: dos hombres seductores y viciosos me conduxéron al camino del vicio y la depravacion; el último manifestó deseos de casarse conmigo, suponiéndose soltero; yo no supe que él era esposo y padre hasta el momento en que recibí de su hijo el favor mas señalado. Habeis conocido mis faltas sin haber exîgido que os dixese los

nombres de los perversos que me hiciéron cometerlas : ¿podia yo renovar esta materia sin avergonzarme y avergonzaros? Me habeis perdonado estas faltas ; de las quales estoy sinceramente arrepentida; ¿y en víspera de confinarme en un cláustro, experimentaré vuestra severidad por la calumnia que me levantan? Me imputan que amo á este jóven y que mantengo con él ilícita correspondencia : ¡ó Dios! ¿si así fuese, si fuese yo tan corrompida que perdiese el respeto á esta casa, arrojándome á disfrutar en ella ocultos y punibles amores, hubiera resuelto cambiarla

por un rígido convento? ¿quién me obliga á separarme de un amante, con el que pudiera vivir, para acudir á los altares y pronunciar en ellos la eterna renuncia de las delicias caducas de la tierra? ¿por qué preferiria la penitencia al amor? ¿me habeis violentado á este partido? ¿no me habeis representado todos sus inconvenientes y asperezas? Ayer mismo, ¿no me hablabais del matrimonio, de sus castos placeres, y de las dulzuras de la maternidad, haciendo todos vuestros esfuerzos para que yo renunciase el cláustro por un esposo? Este cláustro pues que ayer os pe-

dia, hoy os le vuelvo á pedir; y me atrevo á esperar que pues el arrepentimiento borra las culpas, las virgenes del Señor no verán en su seno muger mas religiosa y austéra. Pesad, señor, estas razones; exâminad su solidez, y conocereis la impostura que me persigue. A estas poderosas razones de Sofia añadí yo: qualquiera que haya sido el que ha intentado despojarnos del honor, no puede ménos de ser agente de mi padre: de este viene el golpe no me queda duda: pues como ha visto que mi madre y yo habiamos hallado patrocinio en esta casa, se ha aprovechado de la casua-

lidad de hallarse en ella Sofia para sembrar la discordia con suposiciones tan falsas como inverisímiles. Mi padre es sin duda el que ha hecho quanto hay que hacer en perjuicio de mi madre, de Sofia y de todos quantos vivimos en esta casa. Dios se lo perdone, y amortigue el odio que sin causa me profesa.

En fin, se volviéron á leer las cartas de mi padre; y Sofia llorando exclamó: ¡ó monstruo de iniquidad! amado tio, de nuevo os suplico que me lleveis al convento; yo no puedo sufrir estos horrores; y ademas de eso vos quedareis enteramente desengañado de que todo

se impostura. El Párroco se contentó con dar á entender, con un gesto de aprobacion, que accedia á las súplicas de su sobrina; y se retiró como avergonzado de haber hecho en esta infame intriga un papel tan poco conveniente á su carácter y á su providad. Mi madre, quedó convencida de nuestra inocencia, me abrazó y tambien á Sofia, compadeciéndola como triste víctima de la seduccion de su esposo. Todo empezaba de nuevo á tranquilizarse, quando oimos parar á la puerta una silla de posta, de la qual descendió mi padre. Nosotros nos retiramo

á la pieza mas apartada llenos de miedo y de recelos, y mi padre se presentó al señor Cura, que le recibió con la mayor frialdad; y luego le reprendió agriamente sus extravios, haciéndole ver que se engañaba en órden á todo quanto de mí y de Sofia habia dicho. Pero mi padre con su natural aspereza, le dixo: señor mio, yo no vengo á perder el tiempo en contestaciones; mi muger y mi hijo están en esta casa; yo os pido que me los entregueis porque nadie tiene derecho para retenerlos contra mi voluntad. —— Perdonad; pero una vez que os explicais con ese tono, yo os

manifestaré quales son tambien mis derechos; y os haré ver que una esposa virtuosísima y un jóven de buenos principios, no deben vivir con un marido vicioso, y un padre, cuya mala conducta y perversos exemplos son el mayor azote de la sociedad. — Señor Cura... — No hay que cansarse: esta es mi última resolucion. — Considerad que si recurro á las leyes, hablan en mi favor; y advertid que no publico el deshonor de vuestra sobrina, y la complacencia fácil, y aun reprehensible, con que un hombre de vuestro carácter consiente los amores de ésta con mi depravado hi-

jo. — Haced lo que quisiereis : mi reputacion y el piadoso sacrificio de mi sobrina, que mañana entrará en un convento, responderán á vuestras calumnias ; y seguramente me admiro de que tengais el descaro de poneros en mi presencia, despues de haber seducido á sofia, y ser el oprobio de mi familia y la vuestra. Abreviad vuestra visita, y no volvais á renovarla jamas ; porque de lo contrario, yo sé muy bien como se conjuran los importunos.

Dicho esto, el buen Cura volvió la espalda á mi padre, que se retiró sin habernos visto, mas no

sin haber prorrumpido en terribles amenazas. Así que se fué, nos reunimos todos en la sala, y dimos al Párroco las gracias por el empeño con que nos protegia; y él nos contextó: todavia no me conoce bien el señor Roland; pero yo le haré ver con quien las tiene; y así señora, desde mañana es menester entablar el recurso de divorcio. Mi madre resistió algun tanto esta ideà; pero al fin convino, y tomamos quantas precauciones nos pareciéron necesarias para preservarnos de los nuevos lazos que podria armarnos mi padre en lo succesivo. Al dia siguiente tomó Sofia el há-

bito de religiosa, á cuya ceremonia la acompañamos todos; y dos dias despues mi madre acudió á la justicia, implorando su auxîlio contra las persecuciones de su marido.

No dudábamos que este recurso se decidiria favorablemente, y veiamos muy próxîmo el feliz momento en que, libres de un pesadísimo yugo, podriamos vivir tranquilamente con nuestro trabajo y aplicacion. Todo iba bien, y el asunto estaba para decidirse, quando lo suspendió la última y la mayor desgracia de todas, que nos confundió en un abismo de pesares,

Iba mi madre algunas veces á París á hablar á los jueces, y yo solia acompañarla. Una tarde, que volviamos á pie por haber tomado carruage solo hasta Pecy, y no nos faltaba mas que una legua para llegar á Serville, á la entrada de un bosque nos asaltáron tres hombres enmascarados, los quales pistola en mano nos intimáron que nos dexásemos atar y los siguiésemos hasta una silla de posta que estaba muy poco separada del camino. Mi madre empezó á gritar; y yo, que no tenia mas armas que un baston, quise resistir á aquellos pícaros; pero me



¡Padre y malo! si terror
Causa solo el pronunciarlo,
¿Qué será experimentarlo?
¿Habrá tormento mayor?
No hay una fiera peor
Ni mas ingrata consigo
Que un mal padre, qué enemigo
Del Cielo, á quien tanto ofende,
Enseña; pero no aprende
Quando llega su castigo.

desarmáron dos de ellos fácilmente, me atáron muy bien, y me llevá-ron hácia la silla. Mi madre, cor-riendo tras de mí, tuvo el valor y la fortuna de quitarle al tercero una pistola del cinto, y dispararla contra uno de los que me llevaban. Al instante el infeliz, que recibió el tiro en el pecho, cayó bañado en su sangre, y los compañeros huyéron á toda prisa. No dudamos que estos malvados serian pagados y dirigidos por mi padre; y ya ibamos á retirarnos de aquel sitio, quando los clamores del herido detuviéron nuestros pasos y nos hiciéron estremecer, par-

ticularmente al oir estas exclamaciones: ¡hijo mio! ¡esposa!.. venid á recibir á lo ménos mi último suspiro...

Acudimos precipitadamente á socorrer á aquel desdichado, y le anegamos en lágrimas: ¿vos sois? esto es todo quanto pudimos decir. El infeliz se esforzaba, y nos dixo: llevadme á casa del buen Cura de Serville: esa silla que es mia, proporcionará el tránsito.

Al instante le pusimos en ella; y llegamos en breve rato á presencia de nuestro protector, que no imaginaba volver á vernos con semejante compañía. No os pintaré

nuestras lágrimas y sentimientos por tan funesto accidente ; basta decir que mi padre estaba casi espirando, y habia recibido de mi madre el golpe mortal. ¡Gran Dios! ¿quién podrá explicar lo raro de los destinos de los hombres? Todavia me estremezco al pensar que estuve expuesto á ser parricida. Informamos de todo lo ocurrido al Cura, y al instante hizo poner en una cama al herido. Muchos conocimientos de cirugía tenia este buen sacerdote, y por de pronto con gran esmero aplicó ciertos remedios á mi padre, hasta que de allí á una hora vino un hábil facultativo el

qual declaró por necesariamente mortal la herida; aprobó quanto habia practicado el Párroco, y se retiró. A la mañana siguiente mi padre nos hizo acercar á su lecho, y con débil voz nos habló de esta manera.

„ Yo voy á espirar; y el velo del vicio que me cegaba, desaparece enteramente. No veo mas que mis errores, y el furor con que he perseguido á una esposa honestísima, y á un hijo respetuoso; pero estas persecuciones me han conducido al último grado de atrocidad, y me confunden en el sepulcro. Yo, querida esposa, no puedo culparte

por mi muerte ; ¡no quiera Dios que yo incurra en tal injusticia! tú no podias saber que yo, acompañado de dos auxîliadores de mis ideas, queria arrebatarte juntamente con tu hijo: un simple movimiento de desesperacion y de ternura maternal te ha proporcionado, sin saber como, *la* mas justa venganza demasiado legítima. Yo te destinaba para víctima de la traicion mas horrenda, que deberia quedar sepultada conmigo en eterno silencio; pero que voy á revelar, á fin de que una confesion sincera sirva de expiacion de mis crímenes, y de dulcificar la amar-

gura que mi pérdida podria causaros. En vuestro seno y en el de este respetable ministro del Altísimo, voy á depositar esta terrible confesion: nunca salga de vuestros labios; este es el único favor que os pido. Siempre persuadido de que mi hijo me habia arrebatado el corazon de Sofia, y de que su madre apoyaba tan criminal conducta, resolví perder á entrambos á toda costa. Quando ví que mi esposa solicitaba el divorcio, y que ante los jueces se hacian patentes mis desaciertos, me enfurecí; y conviniéndome con un oficial de marina, mediante una cantidad que

le entregué, tratamos del rapto de madre é hijo, llevaros hasta Brest, y sepultaros en un navío que mandaba el oficial, y que al instante debia hacerse á la vela. Este, mi criado y yo nos disfrazamos y os esperamos á la entrada del bosque por donde habiais de pasar al volver de París. Nuestra idea no era haceros daño alguno, sino únicamente intimidaros, haceros subir á la silla de posta que habria dirigido mi criado, y darme en ella á conocer para que vosotros intimidados con mi presencia no hicieseis resistencia alguna. No temia peligro alguno, pues sabia

que mi hijo, que era quien podia oponerse á mis intentos, no llevaba armas. Esta confianza fué mi castigo, y caí envuelto en mi sangre por la generosa quanto inesperada resolucion de mi esposa. El oficial, que ya estaba pagado, y mi criado, huyéron abandonándome á mi suerte; ¡conducta ordinaria de los malvados! Este es, amigos mios, el infame proyecto de venganza que yo habia concebido. A no ser por tan manifiesta disposicion del cielo, os hubierais visto prófugos y sin asilo en nuestras colonias, ó abandonados en alguna isla desierta. El

golpe mortal que he recibido, ha iluminado de repente mi entendimiento; todos mis vicios se presentan á mi débil imaginacion; oigo la voz de la verdad que no puede desconocer el hombre á las puertas del sepulcro. Siempre conocí mis injusticias; pero nunca tanto como ahora. Aborrezco mi conducta, y estoy tan arrepentido, que si el cielo prolongase mi vida no la emplearia mas que en haceros felices. Pero ya es tarde: ha llegado el dia de mi destruccion... ya, para mí, ha sonado la hora de la muerte: y estos cortos instantes debo emplearlos en mi provecho espiritual. Per-

donad mis crímenes; y si os fuere posible no aborrezcais mi memoria.

Así habló mi padre: y nosotros le protestamos que su pérdida nos era infinitamente sensible. Nos encargó que en su nombre pidiésemos perdon á Sofia, en quien siempre habia notado bellísimas disposiciones para volver al camino de la virtud. Por la noche volvió el facultativo, levantó el vendaxe, y declaró que podia durar muy poco su vida. Conociólo mi padre, y dispuso su testamento, por el qual nos instituia herederos de lo poco que le habia quedado, y de-

claraba nuestra inocencia en órden á su muerte. Lo restante del tiempo que vivió lo empleó en disponerse para la eternidad, recibiendo del buen sacerdote todos los auxîlios y consuelos espirituales. Murió al amanecer y llenamos la casa de lágrimas y gemidos. Mi madre estaba inconsolable, y fué preciso no perderla de vista para evitar algun estremo desesperado. En fin, los saludables consejos del Párroco calmáron poco á poco su dolor; y despues de hacer las exêquias de mi padre, fuimos á París tanto para acabar de sincerarnos ante la justicia, quanto pa-

ra arreglar los asuntos de intereses; y aunque los de mi padre se hallaban en muy deplorable estado, pudimos juntar la cantidad suficiente para comprar el molino que habito, y adonde vinimos huyendo de los paises que nos habian sido tan fatales. En fin, á falta de otro recurso, me hice molinero; y ayudado de mi tierna madre, que era sumamente laboriosa, gozaba una vida tranquila y bastante cómoda. Mucho sintió nuestra falta el buen Cura, el qual sobrevivió poco tiempo á mi padre, y murió en brazos de su hermana, la qual vivió algunos años, manteniéndose con

una mediana renta vitalicia que tenia, con la que tambien ayudaba á Sofia, que fué exemplo de virtud en su convento. Mi madre tenia un fondo de pesar que minaba lentamente su vida; yo lo advertí, y dupliqué todas mis atenciones para con ella; pero todo fué inútil; al cabo de quatro años tuve la desgracia de perderla. No conoció en la vida mas que penalidades, y á no ser por la ternura maternal que sostenia su corazon, la hubiera sido imposible resistir al peso de las desgracias que la abrumáron desde el punto de su infeliz casamiento. Yo tambien me

casé con una virtuosísima muger que perdí, despues de haberme hecho padre de dos hijos que estan actualmente sirviendo en París, y me prometen una feliz ancianidad.

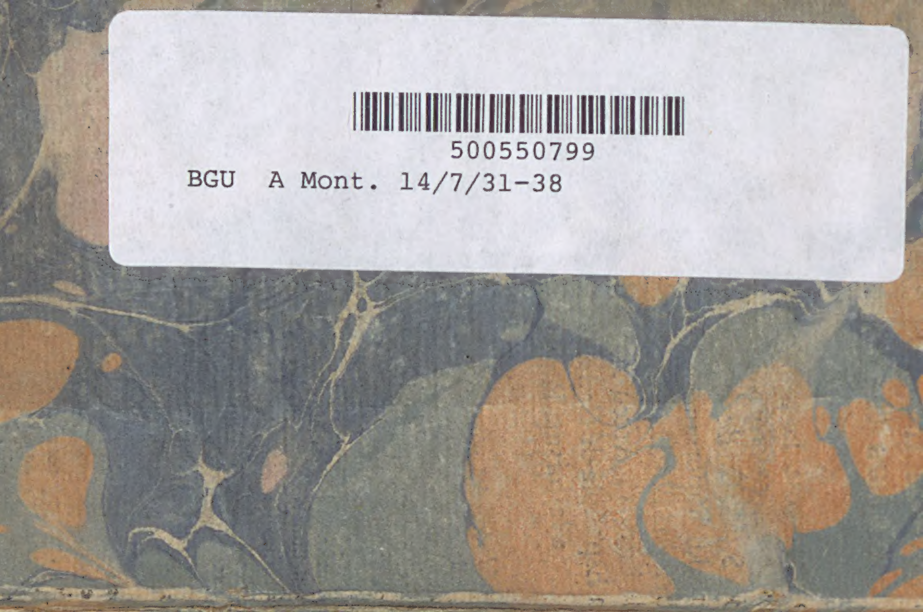
Tal es, amigos mios, la historia de mi desgraciada juventud. Ya habeis visto el quadro de un mal padre y un mal esposo. Comparad ahora á vuestro padre con el mio, y decid si el cielo no os ha favorecido mas que á mí dandoos un padre tierno, virtuoso é indulgente; pero sin embargo, le causais algunos disgustos: ! ah ! ¿qué hubierais hecho en mi situa-

cion? Sabed pues, hijos mios, apreciar vuestra felicidad, y haced todo lo posible para merecerla. Así acabó Roland su historia que habia interesado hasta lo sumo á los muchachos. El retrato de un mal padre era muy propio para hacer resaltar la bondad del suyo. Así es que todos, Benito el primero, corriéron á abrazarle, prometiéndole reconocer este beneficio del cielo con su docilidad y firme resolucion de no hacer mas que lo que fuese de su agrado.

Palemon embelesado del efecto que habia producido aquella terrible leccion, dió secretamente

las gracias á su amigo Roland, el qual, con gran complacencia de Benito, se fué á su molino.






TARDES
DE LA
GRANJA


MONT. 14
7 36

colorchecker CLASSIC

mm

calibrite